

ALFONSO GARCIA MUÑOZ

Moderno Amor



EDICIONES BREVES DE AUTORES NACIONALES

Apartado 483

Quito — Ecuador. S. A.

1932

EDICIONES BREVES DE AUTORES NACIONALES

Administrador: Sergio E. Morán.

**Apartado 483,
Quito - Ecuador, S. A.**

EDICIONES BREVES aspira a llenar un vacío, aunque parcial, en nuestra incipiente vida literaria. Aspira a ser el órgano de publicidad y divulgación de las obras pequeñas de los jóvenes escritores ecuatorianos que, por carencia de medios, están condenadas a permanecer inéditas.

Hacemos obra exclusivamente patriótica. No queremos lucrar, ni contamos con el **APOYO OFICIAL**; deseamos que **EDICIONES BREVES** se sostenga por sí misma y, para ello, creemos contar con el apoyo de todos los verdaderamente ecuatorianos.

EDICIONES BREVES abriga la confianza de que todos los intelectuales jóvenes, en cuyo beneficio se ha fundado, prestarán su más decidida cooperación.

**¡ UNA OBRA VERDADERAMENTE
RECOMENDABLE SIN BOMBO Y SIN
CAMPANILLAS !**

para mi distinguido amigo
& inteligente escritor, L. Sergio
Yutor, muy atte.

ALFONSO GARCIA MUÑOZ

García Muñoz

MODERNO AMOR

Esquema de novela
escrito para
disgustar

Traducción de Charles Royal

Primera Edición

Ediciones Breves de
Autores Nacionales

Apdo. 483

Quito -- Ecuador

1932

M O D E R N O

¡UN MOMENTITO, LECTOR!

Desde Arquímedes (1) hasta nuestros días, todos los literatos — incluso los escritores — han tenido la audacia de estampar sus dedicatorias al principio de sus obras. Lo que me parece muy original. Pero, desde nuestros días para adelante, sería recomendable que los escritores — incluso los literatos — escriban las dedicatorias al término de sus obras. Lo que me parece originalísimo.

Por eso, aquí tienen ustedes mi

DEDICATORIA

*A mi papá, que, aunque
tuvo el buen gusto de traerme
al mundo, nada sabe
del moderno amor.*

A. G. M.

(1) Inventor del "Chicle". (2)

(2) Goma de mascar.

fas. Pero cuando leí, con cierto recelo, « 5 Cuentos », la primera obra que García publicó, discretamente, con el pseudónimo de « Charles Royal », no pude menos que mostrarme optimista. García era una revelación, había en él tela de humorista. « Moderno Amor », confirmó plenamente mi acerto.

Podemos decir ahora que la literatura nacional tiene un humorista más, la literatura nacional que en este difícil género sólo contaba, que yo sepa, con el maestro José Antonio Campos en la forma antigua, y el inquieto e inteligente Pablo Palacio, en la moderna.

* * *

En un bar, ante una mesa discreta, él, Morán y yo.

— ¿... .. ?

— Efectivamente. El estilo humorístico me agrada y por ello me he dedicado a escribir en broma. Porque la vida y todo lo que ella nos trae en su continuo traqueteo, debemos recibirlo en broma. Las sonrisas deben ser los heraldos que anuncien la llegada de los bienes y los males. Además, burla burlando, se pueden echar pinceladas de verdad. Y la verdad, como lo dijo Atahualpa, es más aceptable cuando viene custodiada por dos carcajadas. Eso sí, mi ambición

— cohete que impulsa hacia las regiones de la conquista —, se limita a procurar conseguir que todos los heroicos lectores que se aventuren a leerme, no aumenten su peso con la risa. Deseo únicamente que se sonrían, porque soy enemigo de los ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! grotescos, que hacen impactos en nuestra sensibilidad.

— ¿Qué le impulsó a Ud., García, a dedicarse al género que cultiva ?

— Pues, verá Ud. Un día — digo mal — una noche, hace justamente algún tiempo, cansado después de haber tocado en una Remington todas las obras de Chopín (porque los dactilógrafos, no son más que pianistas desperdiciados), me dediqué a leer a don Juan Pérez Zúñiga, uno de los exponentes más expuestos en el género. Esa lectura despertó en mí cierta aptitud hacia el estilo de la burla. Ansiosamente comence a buscar libros de humoristas. Creció mi afición. Principié a escribir algunos cuentos. Aun entaron mis lecturas. Conocí humoristas nuevos. Jardiel Poncela me satisfizo ; me llenó de ilusión Botín Polanco ; me volvió loco Fernández Flores ; me agradó Heltai ; me encantó Belda. Leí a otros humoristas : Gandhi y Pitigrilli ; Chesterton y Stalin ; Abril y Mussolini ; Courteline y Freud ; Neville y Ross (no es el fabricante de las famosas píldoras). Y acabé por convencerme de que yo también, mediante un poco de buena voluntad (!!) podía escribir en el estilo que hará cé

lebre. ¡Ay! algún día, a nuestro Jack the Ripper. Y aquí me tiene Ud. decidido a seguir cultivando el humorismo y con firme intención de continuar hacia adelante.

—¿Quisiera decirme algo de su persona?
—No. ¿Insiste Ud.? Bueno. ¡Soy casado! ¿Por qué se ríe Ud.? ¿Acaso un marido, colocándose en un plano de imparcialidad, no puede dedicar su tiempo — el poquísimos de que dispone — a ocuparse de la mujer en una forma nueva? Porque, sepa Ud., estimado amigo, que todo el mundo se ocupa de la mujer, pero, desde los primeros tiempos de la humanidad únicamente se han preocupado de enaltecer sus méritos, de alabar su belleza (lo que no está mal), de agrandar sus virtudes (lo que es preponderar), de hacerla, en fin, intachable (lo que constituye un fracaso como el de las comedias en las que no hay un muerto), de demostrarla en una forma que le favorece demasiado (lo que es, en verdad, lo mejor que podemos hacer los hombres). Pero nadie ha tomado interés en estudiarla por el lado de sus flaquezas, porque las mujeres, con perdón sea dicho, tienen en sí, de Borgias y de Santas Teresas. ¿No es así amigo Dávila Jijón?

—¿Sus intenciones para el porvenir, García?

—¿Mis intenciones para el porvenir? Su pregunta cae sobre mí, como una boleta de apremio! Mi primordial intención es trabajar asiduamente, a fin de poder alcanzar un grado de

A M O R

perfeccionamiento. Actualmente estoy escribiendo una obra « grande » cuyo título será, si llego a ponerme de acuerdo con mi otro « yo », « Hombre Optimista », novela que contendrá retazos de la vida real. Tengo escrita una conferencia: « El amor en la sociedad, en los Parques Públicos y en las Fábricas de Aguas Gaseosas » y abrigo la esperanza de que jamás será leída. Lo que ya es algo! Y, por lo demás, ni mis años ni mi estatura creo que le interesan....

* * *

Bueno. Las ideas sustentadas antes no son mías, son ideas de García; pero si, a pesar de esta aclaración, algún malintencionado quisiera rechiflarme, en este instante me escapo por el foro.

Enrique Dávila Jijón.

— Cómo se llama Ud.?, indagó don Jerónimo Pastel, — banquero, casado, sin hijos, Presidente del Círculo Pro - Amigos, bien relacionado, rico, enemigo del tabaco y últimamente elegido Diputado para un Congreso —, hablando a un ciudadano que estaba de pie junto a una mesita caoba que sostenía una lámpara.

— Agustín — respondió haciendo una reverencia, un mozo bien parecido, de un metro cincuenta de alto, afeitado, cabeza erguida y que tenía las dos orejas singularmente iguales.

ACLARACION

Don Jerónimo se hallaba sin criado.
Publicó un aviso en el Diario «La Verdad»,
que decía :

<p>Individuo joven, sin pretensiones, totalmente soltero, ágil sin ser precipitado, falto de compromisos, necesitase para criado en Villa Alegre 18. Presentarse andando de 6 a 7 p. m.</p>

Agustín Calleja presentóse a llenar la vacante.

M O D E R N O

Calleja era un hombre (es muy claro), que había nacido (más claro todavía) desgraciado (va oscureciéndose un poco).

Su padre murió en el momento de darle a luz y su madre, impresionada por la pérdida de su marido con quien colaborara para tener este hijo, víctima de apoplejía, dejó también este valle de lágrimas.... casi siempre fingidas. (1)

* * *

Vecinos compasivos llevaronle al Orfelinato, en donde una Sor le señaló con el número 13.

Agustín desde ese instante tuvo por compañera la fatalidad.

A los tres meses, el único color que sabía distinguir era el gris. Y gris siguió siendo toda su existencia.

Pasaron los años triturados por la rueda del tiempo.

Agustín crecía.

Llegó a los ocho años sin contratiempos de ninguna clase.

Seguía la rueda del tiempo triturando los años.

Agustín crecía.

(1) El camarada cajista ha hecho una confusión en este párrafo. Ustedes sabrán disculparle, como le disculpo yo.

Llegó a los quince años. A la edad aquella en que el niño comienza a tener ribetes de joven y el joven a olvidarse de que es niño.

Agustín era un joven extraño.

Siempre alejado de sus compañeros, siempre solo. En todas partes buscaba los rincones para acurrucarse y, de cuando en cuando, se acurrucaba en el rincón de su alma para suspirar tristemente por los papacitos de su corazón, a quienes no alcanzó a conocer. (1)

La orfandad, esa hada negra que envuelve los espíritus de los hombres con el manto oscuro de las tinieblas, hacía estragos en el espíritu de Agustín.

Los niños que no tienen padres son niños desgraciados. Los niños que no conocen las ternuras de la madre, son niños desgraciados.

Agustín, falto de halagos, de besos, de caricias maternales y de paternales aburrimientos, era un niño desgraciado.

Esta y sólo esta era la causa que obligaba a Agustín a ser reservado. (Tan reservado como una pluma estilográfica).

Y así seguía rumiando la tristeza de su vida, mientras los años pasaban con la velocidad del pensamiento.

Cumplió Agustín los veinte años.

(1) Un lector ¡Ay!
Dos lectores ¡Ay!.... ¡Ay!....

Cumplir los veinte años significa estar en el umbral de la existencia, dispuesto a emprender la marcha por la senda del mundo, lleno de ilusiones, pletórico de esperanzas, repleto de esas ansias de vida que todos (menos los que han nacido para poetas), hemos sentido a la edad en que nacen en nuestra alma los primeros deseos de fabricar la vida a nuestro antojo.

Pero Agustín, alma enferma de pesar, representante exclusivo de la tristeza, no sintió nada de lo que sienten esas almas inquietas, amantes del movimiento y de la vida; que manejan el mundo con la misma facilidad con que se maneja un taco de billar.

Agustín era simpático. Las líneas de su rostro no estaban trazadas a escuadrilla, pero tenía un no sé qué que agradaba. Era atrayente y bien repartido. De ojos soñadores a los que solía dar una expresión taciturna que gustaba. Un tipo ideal para una mujer romántica! (Pero, ¿quedan románticas en el mundo?)

* * *

Un día, la Directora del Establecimiento llamó a su presencia.

Presentóse Agustín con aquella tristeza que todos la confundían con humildad.

Con voz severa, tan severa como una línea recta, la Directora, dijo:

—Agustín. Has llegado a los veinte años y es necesario que abandones esta casa, en la que te hemos conservado hasta esta edad, únicamente por tus buenas cualidades. Eres ya hombre y estás en la edad de trabajar. Mira, hoy han publicado un anuncio en el Diario. Un rico banquero necesita un mozo para criado. Creo que debes ir allá con la tarjeta de recomendación que voy a dártela. Sabrás portarte honrado y cumplido.

—Bien— murmuró Agustín, sintiendo que su corazón se dividía en parcelas.—Iré ya que Ud. me manda. Pero, tengo mucha pena de abandonar esta casa, a la que he cobrado cariño.

La Directora, acostumbrada a las tristezas (como los sepultureros, los empresarios de pompas fúnebres y los «barman»), nada contestó, limitándose a escribir la tarjeta y a dársela a Agustín juntamente con una palmadita cariñosa.

Salió Agustín por la puerta (su carácter no se prestaba para salir por otra parte) del Asilo, andando con paso mesurado y regresando la cabeza para ver, por última vez, la fachada de la casa que había sido

SU { padre
madre

Los hijos vienen al mundo por voluntad de los padres y las madres. Los hermanos van al Asilo, unas veces porque no tienen en el mundo nadie quien pueda cuidarlos y educarlos y otras porque las madres-hienas, arrojan a sus hijos allí, al fondo de un arroyo para poder continuar con su vida de hogorrio y de placeres. (Se aconseja cinco minutos de meditación (1) sobre este tema.

Y dirigióse a Villa Alegre 18.

Llegó. Ante él tenía una casa de proporciones alarmantes. Cruzó el jardín y enfíló hacia el hall. Apresó el botón del timbre y aguardó.

Una emoción desconocida agitó su cuerpo. Ciento veinte y ocho pensamientos invadieron su memoria como una bandada de pájaros. (Le agrada esta imagen? ¿Sí? Cópiala. Es el mejor método para olvidarse de algo).

Se figuraba que su vida iba a cambiar. Que ahí, en la puerta ante la cual estaba parado, empezaba la ruta de una nueva existencia.

Se agitó interiormente, sufrió interiormente e interiormente díjose, después de ajustarse los tirantes, que el seguiría siendo así como

(1) La meditación es el arte de buscar dolores de cabeza.

era en ese minuto: un puñado de amarguras.

Abrióse la puerta de vidrios y el portero preguntó, después de echar sobre Agustín, como se arroja un jarro de agua, una mirada de reconocimiento: es decir, despreocupadamente.

—¿Qué desea Ud.?

—¿Está el señor Pastel?

—¿De parte de quién le anuncio?

—Vengo por este anuncio que está en el Diario.

El portero se informa, después de calarse los anteojos, y responde:

—¡Ah! Ya. Pase adelante.

Llegan a una salita de espera que debería llamarse «salita de aburrimiento».

Agustín toma asiento en un sillón forrado de damasco, de manufactura australiana.

Admirado contempla la hermosura del mobiliaje.

Sus ojos saltan de la chimenea jaspeada a los espejos de Venecia, que él no sabe que son de Venecia; de unos retratos con marcos de oro a unas mesillas en las que descansan estatuas de bronce, lámparas, retratos. Teme haber ensuciado la alfombra con sus pisadas. Los cortinajes enormes que bifurcan la luz, los sofás, «los plafons», el cielo raso pintado al óleo, todo le admira y Agustín cree haber entrado al paraíso.

M O D E R N O

Regresa el portero y Agustín suspira.

Habla.

—Sígame. Y echa a andar por un pasillo, seguido de Agustín.

Ochenta y seis pasos y medio y están ante una puerta: la abre el portero y penetra Agustín en el Despacho de don Jerónimo, rico, enemigo del tabaco, etcétera, etcétera.

FIN DE LA ACLARACION

2

—Cuántos años tiene Ud?

—Veinte.

—Ha servido en otra parte?

—No, señor.

—Entonces

—Tengo una recomendación.

—A ver.

Entrega la tarjeta al señor Pastel y mientras la lee, Agustín siente nuevo estupor ante el lujo de la habitación. Se calma gradualmente.

Sobre el escritorio del banquero, junto a un pisapapeles en forma de sirena, hay un retrato. Representa una mujer que sonríe dulcemente, con la dulzura con que sonríe la novia al decir ¡Sí! ante el altar, frente al cu-

ra, en medio de dos padrinos y rodeados de curiosos que hacen comentarios acerca de lo práctico y barato que resulta casarse (1) en Rusia.

—Bueno, dice don Jerónimo, mirando a Agustín con ojos investigadores.—Queda Ud. admitido desde ahora.

—Muchas gracias, señor.

Toca un timbre y se presenta el portero.

—Indíquele la pieza para él destinada e instrúyale en lo que tiene que hacer.

En el momento de salir, la mujer del Banquero entra en la habitación.

—Qué hermosura —se dice pecho adentro— Agustín.

Verdad. Anita, la esposa de don Jerónimo era bella, bellísima. Sus ojos de un color azul de prusia, inquietos, despedazaban al mirar. De nariz perfilada, elegante y aristocrática. Sus labios finos y sonrosados (esto se debía al «rouge»), formaban una boca diminuta. Al sonreír, conquistaba. Unas formas esbeltas, torneadas, muy bien delineadas, lo completaban todo. Al andar, conquistaba también. Y mucho, muchísimo más que al sonreír....

Su lema: «Ser una Mujer-Volcán». (Así, con mayúscula).

Era sensual, sensualísima....

(1) Si le conviene, sírvase leer: anularse.

Vivir la vida moderna, libre de preocupaciones insubstanciales, y llena, eso sí, de grandes emociones.

Para ella no existía aquella palabra de «procreación» que toda mujer casada (me refiero a las «bien casadas»), tienen obligación de saber.

Ella había modificado ese vocablo, dejándolo en: «por recreación».

Su marido existía para ella, sólo cuando se trataba de bailes, viajes, modas y de «minutos eróticos».

Basta pues, lector, para darte un perfil ligeramente delineado de la dama que nos ocupa.

—Mira, Anita—expuso don Jerónimo dirigiéndose a su cara mitad (1) y señalando a Agustín.—Aquí está el nuevo criado que vamos a tomar.

Anita miró a Agustín y Agustín hizo otro tanto.

Su buena presencia fué del agrado de Anita, a quien, como es de suponer, no disgustaban las buenas presencias.

Lo miró fijamente, como se mira el blanco cuando va a hacerse un disparo.

Lo miró insistentemente, poniendo en su mirada algunas onzas de interés.

Anita experimentó una sacudida y ¡toma!, se dijo en sus adentros, igual al tipo a quien

(1) Quiere decir una mitad que cuesta demasiado cara!

A M O R

soñé anoche suicidándose por mí, al negarle lo único que las mujeres no podemos negar. ¡Si le dejé con la pistola en la mano....! Vamos, qué casualidad. ¡Cosas de la época! Entonces los sueños ya son algo más que sueños: son revelaciones!

Se repuso de su emoción. (Las mujeres tienen la especialidad de reponerse de las emociones en milésimos de segundo).

— Está bien, dijo, disimulando la oculta satisfacción que sentía. (Otra propiedad de las mujeres).

— A dónde vas? — hablóle su marido.

— Voy donde el modisto. De ahí iré a ver a Imán (1), con quien iremos donde la florista. Estaré a almorzar aquí.

— Bueno, procura volver pronto.

Salió Anita con una nueva esperanza. Agustín habíase introducido en su corazón, con caracteres de telegrama urgente.

Y es que Agustín tenía predisposición para el amor, así como otros tienen predisposición para la vacuna, el tifus o la angina.

Agustín, aquel mozo somnoliento y tristón, quedó guardando en sus pupilas la mirada punzante y voluptuosa de su nueva « señora ».

(1) Nombre de mujer en boga en estos tiempos. Tiene un significado gráfico.

M O D E R N O

La voz del señor sacóle del laberinto de sus pensamientos.

— Entonces, indíqueme sus obligaciones — ratificó al portero.

— Está bien, señor.

Y salieron.

Y salieron....

Y salieron....

Y salieron....

3

Los días han ido sucediéndose a los días con increíble precisión.

Agustín en su empleo trabaja con interés y está contento de la casa. (Lo que no sucede con todos los criados, ¿verdad?)

Su porte (1) es discreto, educado, activo y respetuoso. Tiene todas las virtudes del criado modelo.

4

Cansado después de un día laborioso, Agustín entra a su cuarto y se echa sobre la cama.

Intenta verificar el inventario de los hechos más salientes que le han sucedido durante los tres meses que lleva en esa casa.

(1) Además, naturalmente, del metro cincuenta que mide.

Tiene varios. Pero uno hay más saliente, mucho más saliente que los otros. Y es la llamada que la «señora», hízole la víspera, a su propio dormitorio, pidiéndole un vaso de agua para tomar «*un remedio*». (¡Ah! los remedios que toman las «señoras» en sus dormitorios, atendidas por criados simpáticos....!)

El motor de su memoria comenzó a funcionar, impulsado por la corriente de las circunstancias.

¿Por qué la «señora» le miraba así, con ojos francos, en los que él comprendió que había, entre rimmel, pestañas, ojeras y otras cosas, una llamita que no supo cómo designarla?

¿Por qué la «señora» tenía para él un trato casi cariñoso, más afable que el de su marido?

¿Qué era él? Un simple criado. Su criado, sencillamente.

¿El era, acaso, un señorito?

Siguió recordando.

(Para no decir en esta forma que disgustaría al lector: Agustín penetró en el cuarto oscuro de su interior, a revelar los negativos de su vida, en los ácidos de sus pasados días!)

Otra ocasión, más o menos hacía ochenta y ocho horas, ordenóle la «señora» que le ajustase la hebilla de su zapato. Agustín obedeció y trémulo, como si fuera a cometer un crimen, agachóse a sus pies. Las manos le tem-

blaban y sus ojos bonachones miraron de cerca, por primera vez, las espléndidas pantorrillas de la «señora», cubiertas por ligeras medias de punto.

Desde ese día, Agustín tenía esas hermosas pantorrillas, estereotipadas en la retina de sus ojos. No las olvidaría jamás!

Un timbrazo formidable retumbó en la habitación.

Agustín saltó en la cama y tembló...

Le llamaba la «señora».

Apresuradamente púsose la blusa y salió con rumbo a la pieza de la «señora».

Quedo golpeó en su puerta. (Aclaremos: no en la de la señora, sino en la de la pieza).

Desde adentro, una voz le ordenó:

— Pase.

Cuarenta y tres botones penetraron en la alcoba, sólo que, los botones estaban pegados a una blusa y la blusa llevaba puesta Agustín. Es decir, entró Agustín en la alcoba de la «señora».

Inclinándose, preguntó:

— ¿Qué desea la «señora»?

— Prepáreme el baño. Ahora mismo voy a bañarme.

— Al momento, señora, respondió.

Y salió de la alcoba. Cerró la puerta y se arrimó a la pared. Un sudor frío brotaba de su frente. Agustín sufría, porque ya tenía ex-

perencia sobre aquello del baño de la «señora»

La veía cubierta con una pijama de seda, a través de la cual su cuerpo esbelto gelatinaba voluptuoso y vibrante.

Y verla así era para Agustín un martirio atroz. ¡El no sabía por qué!

Verla y estarse quietecito, como un niño castigado, contemplando ese paisaje imponderable, alumbrado siempre por el sol candente de su gracia, no se llama esto martirio?

Agustín, melancólico, taciturno y grave, abría los ojos desmesuradamente y elevaba su mirada al cielo, como diciendo: «Por Dios, ¡qué cosas! (1) tiene la «señora»

Paciente y resignado arregló el baño y mientras lo hacía, miró con envidia la tina de reluciente porcelana donde la «señora» debía sumergir el divino cisne de su cuerpo hermoso. Cerró los ojos y dejó que la tentación se aleje, como se aleja el amigo a quien hemos negado algún favor: refunfuñando...

Llenó la tina de agua; de esa agua con la que la «señora» bautizaba diariamente esas dos ebúrneas sinuosidades que, simétricamente, tenía colocadas a izquierda y derecha de su pecho.

Agustín suspiró.

Suspiró de nuevo.

(1) Léase, imprudencias.

Volvió a suspirar.

Más suspiros.

Miles de suspiros....

Sentía nacer en su alma y en su cuerpo una sensación desconocida para él.

Sentía que la sangre que circulaba por sus venas, estaba candente. Candente como un riza-churos. Más. Candente como la lava. Las sienes latíanle con fuerza: eran golpes de maza.

Agustín había ignorado, hasta ese momento, que el hombre era capaz de tener sensaciones así: torturantes, aplastantes, desconcertantes....

Los veinte años gritaron en todo él, con algarabía descompasada.

Tenía una interior (1) seguridad de que había sido simpático para la «señora». Si daba el paso aquél, si tendía ese puente que une lo ignorado con lo ansiado, no dudaba de que sería recibido sin resistencia de ningún género. (¡Claro! La señora usaba «combinaciones» de batista!). Como no ofrece resistencia el abismo del amor frenético, al que uno se arroja desde la cumbre del deseco.

Esa ansia sin medida nacida en el fondo de su sér, comenzó a aumentar gradualmente. Jamás experimentada por Agustín, lo ahorcó

(1) Como se ve, Agustín era muy amigo de los «interiores».

con sus dedos de seda; empezaba a seducirle, a embriagarle. Seducido y embriagado, caería en sus brazos sin remedio.

Perdió la serenidad. Ese *puntal* que tenemos todos los hombres para no permitir que, en los momentos más difíciles, el muro de nuestra integridad se venga al suelo.

Agustín luchó tenazmente con la sensualidad que habíale invadido de improviso.

Le dominó al principio y debilitado ya (y dicen que la debilidad es propia de la mujer) por el esfuerzo realizado, se dejó resbalar por la pendiente que había de conducirle al minuto en que conocería la realidad de la vida.

Sin embargo, nada resolvió todavía, ya que en el segundo decisivo la «señora» penetró en el baño, fascinadora y atrayente.

Agustín se tambaleó al mirarla y en medio de su confusión, recordó ésta máxima:

«La esperanza es el sostén del hombre. El «sostén» de la mujer.... quién no ha visto uno, alguna vez?»

Y lleno de esperanzas salió del baño, cerró la puerta y, nuevamente, arrimóse a la pared. (Sin las paredes, no habría como tratar de desmayarse: las paredes son hermanas de la caridad).

De repente empezó a oír el gorgoreo que hacía el agua al caer sobre el cuerpo de la «señora», que él se imaginaba de una blancura extraordinaria....

Esto volvió a encender la hoguera medio apagada de su deseo insatisfecho.

Tuvo una inspiración. Mirar por la cerradura. (1)

Se agachó y contempló.

.....
No se resistió más.

Empujó estrepitosamente la puerta, entró al baño y....

Eutabló con la «señora» una discusión acaloradísima sobre la conveniencia o inconveniencia que reporta a un país, la supresión del talón de oro.

Descansemos un momento, caro lector.

5

De vuelta a su pieza, Agustín se tumbó sobre la cama.

Estaba estropeado física y moralmente. Tenía cansancio.

Había conocido el amor por PRIMERA VEZ y esto equivalía a recorrer a pie y de apuro, algunos kilómetros de cualquier carretera....

Muchos pensamientos tenía en su cabeza:

(1) La inspiración de Agustín ha sido la práctica de los criados de todos los tiempos.

A M O R

D I G N I D A D
M U J E R E S
D E S E O S
H O N O R
A M O R

pero no quiso detenerse a hacer reflexiones sobre ellos.

Tenía necesidad de dormir.

Y Morfeo con pesas de plomo cerró sus párpados, introduciéndole en el alcázar de los sueños deliciosos....

6

Anita salió del baño, feliz.

Su rostro tenía la sonrisa de las satisfacciones cumplidas. La sonrisa del triunfo. La sonrisa que debió adoptar Dalila al tener en sus manos los cabellos de Samsón!

Su cuerpo, empaquetado prolijamente en una pijama de colores de escándalo, vibraba voluptuoso y exquisito.

Se dirigió a su alcoba.

Entró.

Se quitó la pijama quedando desnuda como la Venus de Milo. Desnuda como una calva. Desnuda como la verdad, si es que hay verdades desnudas.

M O D E R N O

Y se hundió en su lecho que crujió, como suspirando....

Antes de inyectarse el sueño con la jeringuilla del aburrimiento, Anita retrocedió breves momentos y recordó :

Agustín, su criado, habíase apoderado de ella desesperadamente, con la desesperación del niño a quien por primera vez obsequian un juguete. Un juguete de cuerda....

Habíale dicho que le amaba entrañablemente. Que era deliciosa. Le había besado en todas partes, con besos quemantes, con besos de descarrilamiento....

Ella habíale dejado que él hiciera lo que le pareciese y, naturalmente, Agustín creyó del caso hacerla suya. Y la hizo !

Ella no protestó. No podía protestar. Y al hacerlo lo hubiera hecho como hacen todas las mujeres :

¡Nó, por Dios, nó !

Y lo beben a uno con los ojos.

¡Nó, retírese de aquí !

Y nos abrazan con más furia, con más ahinco.

¡Nó, atrevido, Ud. no me tocará !

Y nos besan y extorsionan. Y se vuelven más encantadoras, más conquistadoras...

Y siguen protestando mientras se aumentan sus caricias, mientras se centuplican sus mimos, sus halagos....

¡ Ah ! Mujeres....

Mujeres....

Aquí tres asteriscos.

Anita había fincado sus ilusiones en Agustín. Y lo del baño, una estratagema suya, dió el resultado apetecido.

Ya tenía a Agustín en su poder ! (El ideal de todas las mujeres !) Agustín había caído en la red de sus encantos....

Haría de él un hombre de mundo. Lo amasaría a su gusto. Aprovecharía de su vitalidad. (vaya que aprovecharía), y de su inexperiencia, para convertirlo en su amante.

Sí, en su amante.

Esta palabra que es más dulce cuando la pronuncia una mujer casada, hizo estremecer las delicadas fibras de su corazón.... de mujer casada también. (Anita tenía corazón y hasta este momento no lo había dicho. Perdón, ha sido un olvido involuntario).

Y estos proyectos irrumpieron en su cerebro, en tropel y a galope :

HUIR CON AGUSTIN.

ABANDONAR A SU MARIDO.

DEJAR ESTA CIUDAD.

PROCURAR A AGUSTIN TODO LO QUE UN HOMBRE NECESITA PARA APARECER UN PERFECTO « GENTLEMAN ».

IRSE LEJOS, MUY LEJOS.
AGUSTIN SERIA PARA ELLA...
SOLO PARA ELLA....!

Con la intención de cristalizar estos justos ideales, Anita se inyectó el sueño y se quedó dormida, adoptando esa postura de las mujeres castas que carecen en lo absoluto de remordimientos!

7

Luz.
Alegría.
Vida.

A raudales, en el cuarto de Agustín.

Un reloj tuvo la imprudencia de repetir seis campanadas presididas de un movimiento de resortes. ¡Qué parecido con la mujer que para decir: « amor mío.... éste instante te adoro », primero tiene sonidos de resortes (1) que se aflojan (2) y después nos « da » seis palabras que equivalen por otras tantas campanadas....

El reloj anuncia la hora. Las palabras de la mujer, nos anuncian que « ya es hora »!

Un brazo sale fuera. Luego el otro. Frótase los párpados. Le asombra tanta luz.

-
- (1) Incertidumbres.
(2) Decaen.

SE { Despereza
Levanta
Arregla

Antes de salir, intempestivamente le asalta un recuerdo, como un ladrón a la vuelta de una esquina: sin darle tiempo para nada.

Y se sienta, con la moderación de un monaguillo, al borde de la cama. (1)

Tiene necesidad de reflexionar (2), de estudiar su caso y resolver el partido que debe tomar. (Naturalmente después del desayuno. De lo contrario resultaría indigesto).

Se formula estas preguntas que tienen aire de juicio final:

AGUSTIN. — ¿Qué he hecho?

SU CONCIENCIA. — ¡Nada, casi nada....!

AGUSTIN. — ¿Cómo, casi nada? He faltado al respeto a la «señora». He incurrido en una falta que castiga....

CONCIENCIA. —.... al que en ella no incurre!

AGUSTIN. — Pero. ¿Es posible que no sea prohibido arrebatarse la mujer de un semejante?

CONCIENCIA. — La época presente absuelve esta clase de delitos. Están abolidos actualmente.... Es la civilización. El Progreso....

(1) Agustín tenía cierta predilección por este tan necesario artefacto.

(2) La reflexión es el «flit» de las acciones.

AGUSTIN. — Conciencia, te he creído más recta y justa. ¿Eres tú quién así me habla?

CONCIENCIA. — Soy yo, en verdad. Si la conciencia está desacorde con el pensar del siglo, en lugar de avanzar, retrocederían los individuos. Soy una conciencia moderna, sin prejuicios, sin fingimientos ni mentiras.

AGUSTIN. — Estoy arrepentido de lo que hice ayer. Fue una ofuscación. ¡Debo huír, separarme de aquí! ¡Soy un canalla!

CONCIENCIA. — ¡Alto ahí! No eres canalla. Cumpliste tu deber de hombre. La culpa échala al sexo que te impulsó a descorrer el velo de lo que Tú ignorabas! ¡Quédate y haz carrera! ¡Quédate y obtendrás la victoria!

AGUSTIN. — Quedarme.... deshonorado. Haber pisoteado el honor de la «señora» y mi nombre que jamás tuvo mancha? ¡Eso nunca! ¡Jamás! ¡Sería inaudito....!

CONCIENCIA. — Calma, Agustín. Nada ha pasado con el honor. Déjalo, no lo nombres siquiera! Ni el tuyo ni el de ella en nada han sufrido. ¿No sabes que el honor tiene hoy día el sonido de una moneda falsa? ¿Ignoras que el honor es un mito, una palabra inventada para encubrir engaños y falsedades, traiciones y mentiras? El honor.... el verdadero honor.... Existió ayer, cuando la humanidad aún no llegaba casi al pináculo de sus aspiraciones supremas.... cuando la humanidad no llegaba aún al mayor grado

de perfeccionamiento. Ayer había honor. Hoy... hoy que el mundo ha llegado a la cumbre de sus ideales, el honor ha desaparecido, es despreciado, olvidado... Ahora el honor consiste en ser un sinvergüenza, un falsario, un mentiroso!

AGUSTIN. — No comprendo lo que me dices. ¿Y el respeto que debo a toda mujer, también está abolido?

CONCIENCIA. — El hacer que la mujer cumpla con su misión en la tierra, no es irse contra el respeto que se le debe. NÓ. Al contrario, es cumplir con leyes ineludibles que la Naturaleza ha señalado al hombre. Ahora... piensas Tú que la mujer ama el respeto y gusta de él? Estás en un error absurdo. La mujer de hoy no necesita del respeto: a cambio de él, busca ella misma esos momentos en los que se pierde precisamente todo respeto! No seas niño, Agustín. Escúchame: no te arrepientas, no gimas, ni destroces tu vida. Has abierto el camino y continúa por él, airoso y gallardo. Si ésto no haces, si no obedeces la voz de tu conciencia, irás al fracaso y a la ruina. Anda, Agustín, levántate, toma fuerzas. Vete a la conquista de la mujer, hazla tuya cuando se te antoje: serás buscado, adorado, si dejando de ser cobarde te conviertes en audaz. Audacia para la mujer, Agustín ...

AGUSTIN. — Entonces, debo olvidar el honor, el respeto, las conveniencias sociales, para ser feliz?

CONCIENCIA. — No me comprendes bien. Mira: Tu honor debes conservarlo incólume, íntegro. El honor de los demás, qué te importa a Ti? Haciendo tuyas a las mujeres que ambiciones, en nada pecas contra el honor. Esta es la moda, es la costumbre arraigada ya en todos los hombres. Y se audaz dejando de ser tímido e ingenuo.

AGUSTIN. — Seguiré tu consejo al pie de de la letra. ¿Y si fallo?

CONCIENCIA. — No podrás. Voy siempre contigo y cuando te vea desanimado, mi voz te dará bríos y saldrás avante!

8

¿qué quedo?
ES

Agustín se irguió con tantas fuerzas, como si hubiera tomado Emulsión de Scott. (La legítima).

Una sola idea brillaba en su cerebro con claridades de acetileno: gozar de las mujeres, buscarlas, atraparlas. Apoderarse de ellas, sin explicaciones ni consentimientos....

¿Cómo? Muy sencillo: estaba autorizado por su conciencia y ya no debía detenerse en reflexiones ridículas. Sería huracán para él

amor, relámpago para las caricias, ametralladora para los besos....

¿Quién podría detenerle? Únicamente la mujer; y eso, unos minutos. Los necesarios para el «repriss» del amor.... Y pasaría como una nube, desapareciendo al instante como otra nube también.

Agustín sin saberlo, estaba de acuerdo con la definición que del amor hizo Mme. de Stael: «El amor es el... (1)

De un solo golpe, Agustín había conocido el minuto aquel: principio y fin de todo amor verdadero.

No pasó por el romanticismo ni se introdujo en el platonismo. Es decir, no conoció las bobadas ni adquirió la enfermedad de la tontería, incrustándose la idea absurda e idiota de que el amor es una divinidad. Nada de esto. Agustín tenía ya conocimiento, el conocimiento adquirido en su «debut», de que al amor no hay que rendirle el culto y la admiración que se ha venido rindiéndole tan equivocadamente.

Y para rematar estas ideas que comenzaban a variar su carácter y su vida, Agustín hizo un poco de gimnasia sueca. Se afeitó. Se miró en el espejo y quedó muy complacido al asegurarse de que había desaparecido de sus labios esa sonrisa amarga que le daba la apa-

(1) Que el lector se moleste en concluirla.

M O D E R N O

riencia que tienen los pesimistas y los enamorados, a pesar de que ambos son lo mismo: unos cretinos!

— Estoy transformado, resumió. ¡Ahora es cuando comienza mi vida! ¡Fuera los remordimientos! — y se caló la blusa. ¡Viva el amor! — y arregló la cama. ¡Fuera las cobardías! — y se lavó la boca.

Mientras lo hacía, fabricó este pensamiento:

— «El cepillo de dientes sin Kolynos, no sirve para casi nada. La mujer con fuego en sus venas, en vez de sangre, sirve para casi todo.»

Agitó la gorra en el aire. Dió tres saltos de cincuenta centímetros cada uno y gritó!

¡ V I R R R
I V R
V A O
A O R
E O
L M
A

Y salió.

9

Doce horas después, o si se quiere, siete mil doscientos minutos después.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse de

A M O R

las indiscretas miradas de la 1/2 de los pobladores del globo.

Cuando la obscuridad empezaba a difundir sus sombras por el mundo.

Cuando la noche estaba apuradísima tendiendo su capa de negruras sobre todas las cosas.

Villa Alegre 18, está iluminada por la luna.

Frente a la puerta de verja, un «Packard» espera paciente y resignado.

Aguarda sin protestas, sin cóleras.... aguarda.

Qué buenos son los «Packards». ¿Cuánto ganaríamos los hombres si nuestro sexo contrario fuera tan callado y resignado como un «Packard»....

Dos personas traspasan la puerta y se acercan al auto. Ella: una señorita de cuerpo flexible y elegante, arrebuja en un abrigo de pieles. El: un caballero distinguido, alto y simpático.

El chofer abre la portezuela del carro.

Suben.

—A la Estación—habla ella con voz firme.

Trepidar del motor. Faros que se encienden. Palancas que cumplen su misión. Neumáticos que comienzan a lamer suavemente el pavimento.

El «Packard» arranca horadando con la luz de sus ojos luminosos; el crepón oscuro de la noche....

Al día siguiente.

Don Jerónimo Pastel penetró en su Despacho, cubierto (Don Jerónimo), por un batín aceituna.

Acababa de levantarse y sus ojos conservaban aún rezagados del sueño interrumpido.

Siguiendo una vieja costumbre heredada de sus mayores, don Jerónimo dormía siempre hasta las 12 del día. Una hora cómoda propia para aquellos zánganos conocidos con el nombre de burgueses.

Sentóse en el sillón del escritorio y lo primero que miró sobre éste, fue un sobre que decía :

Para Jerónimo Pastel,
S. M. (1)

Don Jerónimo reconoció la letra al instante. Abrió el sobre calmadamente y extrajo la carta que se copia :

« Adorado Jerónimo :

La vida de matrimonio es una estufa, abriga al principio, pero después irrita. Aburrída hasta

(1) Abreviatura que significa Sus Manos, cuando no quiere decir Su Majestad, pero que nosotros podemos utilizarla diciendo: Su Mujer!

la coronilla e impulsada por un vehemente y sincero amor que me ha inspirado un caballero, he decidido abandonarte y por consiguiente irme con él. Perdóname Jeronimito mío, si me he visto obligada a tomar esta medida radical: pero es que Tú, con tu indiferencia reconcentrada, con tu frialdad polar, has logrado exterminar en mí, el microbio del amor. Y me alejo tal vez, tal vez para siempre. No hemos tenido más que un hijo: el aburrimiento, fruto de dos existencias incomprendidas. Por tanto, nada nos une ya. Quiero pedirte el último favor: haz lo posible por olvidarme y no me maldigas sino de tarde en tarde. Adiós.

Anita.»

P. D. — No te preocupes por Agustín. También ha abandonado tu casa.»

En la parte N. E. de la carta había un manchón, que don Jerónimo se imaginó una lágrima vertida por su mujer.

¿Qué efecto hizo en el ánimo de don Jerónimo esta misiva? El de una bomba que explota? El de un disparo que mata? La noticia de que una chica al entregárenos nos advierte que somos los primeros?

Nada de esto, señoras y señores.

Señoras y señores nada de esto.

El efecto fué contrario, es decir: el de una bomba que no explota porque ha sido falsi-

cada; (1) el de un disparo que no mata; y eso de que una chica nos diga que somos los primeros, no puede ya causarnos sorpresa. Es frase trillada, es cómo decir « buenos días ». Ya nadie hace caso.

PARENTESIS

Sería conveniente que la mujer, impulsada por su espíritu de ahorro y para no gastar palabras en vano, diciendo: « Ud. es ¡ay! el primero que conozco, el primero a quien me entrego », se colocara, en una parte visible cuando está desnuda e invisible cuando va vestida, este cartelito que diga:

Ud. es el primero, caballero. Mi honor está en sus manos. Sobre Ud. pesa, desde este momento, una responsabilidad.

¡ Se lo juro !

PARENTESIS

Don Jerónimo sintió un vértigo: ¿De pena? ¡ Oh! No. De alegría, de dicha impensada, de

(1) ¿Qué no falsifica hoy la Humanidad? ¡Hasta la virtud!

A M O R

ilusión cumplida, de esperanza convertida en realidad!

Y febrilmente se abalanzó al auricular del teléfono y llamó:

11-34-57 Centro.

¡Alló! ¿Quién habla?

.....
¿Tú, pajarita?

.....
¡Una noticia sensacional Nenita! Estupenda!

¿.....?

¡Pues, mira. Acabo de saber que mi esposa se ha fugado con un hombre!

¡¡.....!!

Me ha dejado una carta, participándome esta noticia. ¿Qué te parece?

¡¡¡.....!!!

¡Por fin, Heleodora! Por fin podremos estar juntos para siempre. ¿Sí?

¡¡¡.....!!!

¡Entonces te espero aquí, en mi casa! ¿Te vienes enseguida?

¡Sí, al instante!

Desocupó el teléfono y se arrellanó en el sillón, con la carta de Anita en las manos y el rostro de Heleodora en el pensamiento.

¿Quién era Heleodora?

A continuación se explica.

Heleodora era una mujer y viuda por añadidura. Viuda de un Coronel de Infantería que había muerto en el Campo de Batalla (1) defendiendo el honor.

Tuvo un duelo con el amante de su distinguida señora, a quienes (amante señora y duelo), encontró en su propio lecho, hablando sobre temas político - sociales.

Murió el Coronel de muerte natural. Es decir, de resultas del duelo.

Heleodora ante esta desgracia sin medida, desmayada por el dolor intenso que le embargaba por la pérdida de su queridísimo esposo, cayó en brazos de su amante que, por rara casualidad, se hallaba esos momentos junto a ella. Felizmente, percibiendo el aliento del Escribano (su amante era Escribano, lo que no tiene nada de particular), recobró el conocimiento. El Escribano rubricó sus labios con un beso y un juramento (es propio de escribanos esto de juramentos), y nunca más volvió a desmayarse Heleodora.

(1) Nombre con que se conoce cierta parte desamparada de la ciudad en la que se desarrolla esta verídica historia.

A M O R

Tuvieron un idilio de algunos meses: enero, febrero, marzo, abril, mayo y junio. A fines de este último, la desgracia vino de nuevo a amargar el corazón y el alma virginales de la mártir Heleodora.

Mefistófeles Carrillo, el Escribano y amante de Heleodora, tenía en su Despacho como primer Ayudante, a un joven guapo de nombre Félix.

Un día, el día que siempre llega, Carrillo, debido a sus múltiples ocupaciones, no pudo ir donde su amada, sin embargo de la urgencia que tenía de hacerlo, no para los que Uds. se figuran, sino, porque, sencillamente, Heleodora, hábíale solicitado, entre caricia y caricia, que le obsequiara un vestido que había visto en un escaparate.

Se trataba, pues, de enviarle el dinero (1) para la compra y Carrillo envió a Félix a casa de Heleodora, con un sobre que contenía el dinero necesario.

Y así fue como Félix conoció a Heleodora y Heleodora amó a Félix con un amor exagerado y enervante, sin precedentes en la historia de los grandes amores.

A los tres meses de haberse conocido, Dora aprovechó un viaje que hizo su amante y hon-

(1) Llave universal que abre todas las cerraduras, incluso la del honor!

M O D E R N O

rado (1) Escribano a una ciudad cercana, de donde fuera requerido para formular un testamento que deseaba verificar un avaro convertido, y citó a Félix a su casa. ¡Y aquí fué Troya!

Diez minutos de conversación sincera; una hora de caricias desenfrenadas; dos horas de paladear el amor y esa modorra que trae consigo todo gccc, retuoles bajo las niveas sábanas, confidentes callados de todo amor «divino».

MODELO DE DIALOGO AMOROSO — Me querrás todá la vida? Liz? (2)

— Absolutamente íntegra. ¡Te aseguro!

— Pero siempre, lindín mío?

— Siempre amada mía....!

— Y no me abandonarás nunca, corazón mío?

— Jamás, alma mía!

MODELO DE DIALOGO AMOROSO — Y vendrás a verme todos los días?

— Sin interrupción, angelito mío!

— Y no te cansarás de tu Dora?

— Ni un solo segundo, hermosa mía!

Una hora y media de repetirse el Diálogo que antecede y nuevas promesas y confianzas nuevas, llegaron a cansarles tanto que se durmieron soñando en otros juramentos apasionados y amorosos.

(1) Es una rareza!

(2) Diminutivo de Félix.

A M O R

Entre 10 y 11 de la noche, Mefistófeles regresó a su casa, de vuelta ya de la ciudad aquella, a la que fuera a testimoniar que era verdadero el testamento del avaro que habíase embarcado (sin equipaje y con pasaje de tercera), hacia las regiones de lo desconocido.

Penetró en su alcoba con la intención de dar una gratísima sorpresa a Heleodora. Y al convencerse de que su amante no dormía tan sola como él se figuraba, el Escribano, sorprendido e iracundo, dijo:



al mirar que lacrados, el uno al otro, dormían Félix y Heleodora, el sueño delicioso de los justos.

La rabia se apoderó de él como se apodera de todo: rápida, express, irreflexiva; y fuera de sí, descerrajó a Félix un tiro de revólver, poniendo el cañón, para no errar, en la sien izquierda del infortunado jóven que abandonó la existencia sin protestas de ninguna clase. Q. E. P. D. (1)

Tan bien dormía Heleodora que el disparo no pudo despertarla.

El Escribano hizo inauditos esfuerzos para conseguir separar a Heleodora de Félix, y viceversa. Lucha infructuosa. Estaban tan ligados que tuvo que llamar a varios vecinos a fin de que le ayudasen.

Después, el Escribano, sin ayuda de los vecinos vistió a Heleodora, *dando fe* de que había estado desnuda. La sentó en una silla y le dijo, después de besarla en la frente:

— Heleodora. Todo ha terminado entre nosotros. Toma tus cosas, levántate y vete! (2)

Con tan clara explicación, Heleodora no tuvo más remedio que despertarse, ponerse en dos pies y salir.

A los pocos días de este incidente que pudiera llamarse accidente, don Jerónimo conocía

(1) ¡Qué Estúpido Por Dios!

(2) El Escribano sabía la Biblia de memoria. ¡Qué instruídos son los escribanos!

A M O R

a Heleodora en el Café « Aquí Te Quise Ver ». Trabó amistad con ella y desde entonces prometieron adorarse por los siglos de los siglos....

12

La ciudad Del Cabo, fundada por Gonzalo Pizarro C. (biznieto del Gran Conquistador), se levanta a la orilla izquierda del río del mismo nombre. Río que tiene las leyendas del Tigris, la suntuosidad del Sena y la tristeza del Támesis y sobre todo, agua, muchísima agua, constituyéndose, por este único motivo, en un río excepcional.

Es una ciudad moderna, cosmopolita y esencialmente aristocrática.

Sus seis millones de habitantes ocupan suntuosos Palacetes, Palacios estupendos, Hoteles y Chalets principescos y elegantes.

Duques y Duquesas, Marqueses y Marquesas, Condes y Condesas, Príncipes y Princesas, existen a millares en esta Babilonia del siglo XX, en la que se habla todos los idiomas, se practica todas las religiones y se aburre todos los días.

Para dar una ligera idea del modernismo de la ciudad, baste saber que la totalidad de las casas tienen elevadores o ascensores, incluyendo las de un solo piso. En estas últimas, vive siquiera una mujer, cuando no tres y cua-

M O D E R N O

tro. Y Uds. saben que la mujer es elevador.... de temperatura!

Las costumbres han llegado a tal grado de perfección en la ciudad Del Cabo, que se ha sustituido en los automóviles el «claxon» o bocina, por un aparato eléctrico que repite, breves segundos antes de atropellar a cualquier transeunte:

!!CABALLERO :- ? Sería Ud. tan amable si se dignara dejar paso libre a este vehículo, a fin de no estropear su frac, y la esbelta figura de su propiedad?.

Y naturalmente, el transeunte aristocrático apenas alcanza a escuchar la mitad de esta conferencia, cuando el auto que corre a ciento por hora le ha hecho «frac-mentos» su simpático perfil....

Con esto queda demostrado ampliamente el modernismo que reina en la Ciudad Del Cabo.

En cuanto a sus mujeres, nada puede decirse, porque todas son inmigradas. Y sobre los hombres, tampoco, puesto que ellos vienen con sus respectivas mujeres. Es una ciudad compuesta de elementos inmigrados.

A M O R

Como edificios dignos de mención, se podrían enumerar los Cabarets: « Amor a Chorrros », « La Puerta del Paraíso », « El Sanatorio » y « El Otro Mundo ». (1)

En lo demás, la ciudad Del Cabo nada tiene de extraordinario.

13

Mil ochocientas treinta y un personas, entre hombres, mujeres y niños, llenan el andén de la Estación del Este, que hállase situada al Oeste de la ciudad Del Cabo, en espera del ferrocarril que debiendo llegar a las 11,15 a. eme no llegará sino hasta las 11,16 a. eme.

La gente se agita como una ola.

Un pitido largo y estridente hiere los oídos de la muchedumbre. Es el tren que llega, después de haber recorrido:

k	k
i	i
l	l
ó	ó

(1) Débese advertir sobre esto, que la persona que entra al « Amor a Chorrros », en busca de *sanas* distracciones, termina siempre yéndose a « El Otro Mundo », después de haber pasado por « El Sanatorio » y « La Puerta del Paraíso ».

M O D E R N O

m	m
e	e
t	t
r	r
o	o
s	s

k	k
i	i
l	l
ó	ó
m	m
e	e
t	t
r	r
o	o
s	s

puente

k	k
i	i
l	l
ó	ó
m	m
e	e
t	t
r	r
o	o
s	s

A M O R

k
i
l
ó
m
e
t
r
o
s

k
i
l
ó
m
e
t
r
o
s

k
i
l
ó
m
e
t
r
o
s

k
i
l
ó
m
e
t
r
o
s

túnel

k
i
l
ó
m
e

k
i
l
ó
m
e

M O D E R N O

t	ñ
r	r
o	o
s	s
k	k
i	i
l	l
ó	ó
m	m
e	e
t	t
r	r
o	o
s	s

(1)

El convoy, jadeante como una mujer después de haber cumplido sus «deberes domésticos», entra en la Estación y se detiene junto al andén.

La gente se agita como cien olas.

Gritos, llamadas, admiraciones, interrogaciones, palabras entrecortadas, reproches, risas...

(1) Por especiales consideraciones al lector, el autor se priva de indicar con toda precisión, el número de kilómetros que había recorrido el «railway», antes de llegar a la estación de la ciudad Del Cabo.

El hotel «Rasputín» ocupa la parte céntrica de la ciudad. Es un hotel de lujo, y su barido de la «élite» social de la ciudad Del Cabo.

Su propietario, un ruso expulsado de Moscú por el Gobierno Soviético que comprobó que Kravosky—así se llamaba—hacía «trata de blancas», era un individuo de ideas de avanzada que había logrado hacer fortuna, mediante su temperamento decidido.

Pobre llegó a la ciudad Del Cabo. Pobre de dinero y rico, riquísimo, millonario de iniciativas y esperanzas para el porvenir. Esperanzas e iniciativas que producen muchísimo a los espíritus que tienen la magia de sacar de ellas provecho. Y Kravosky poseía la ciencia de aprovecharse de las circunstancias.

Y así fue cómo, de la noche a la mañana, el ruso contaba ya con algunos cientos de cabos (moneda usada en la ciudad Del Cabo). Esta cantidad siguió creciendo y creciendo, como creciendo van las ilusiones de la solterona de 40 años que en vano busca novio. Pero la fortuna de Kravosky no se desvaneció como se desvanecen las ilusiones de la solterona!

A los dos años, Kravosky adquiría en propiedad el Hotel que ahora explotaba, al mismo que tuvo la feliz idea de bautizarle con el nombre de «Rasputín».

A M O R

(Es poco lo que se me ha ocurrido sobre Kravosky. Desearía extenderme más, pero temo extenderme demasiado, y no me extiendo, dejando que la imaginación del lector se extienda, hasta donde pueda extenderse sobre el camarada Kravosky).

15

Un año ha transecurrido desde que creímos del caso abandonar a Anita Cienfuegos (a la hora que vengo con el apellido!), y Agustín Calleja, en la pieza

3 4 5

del Hotel Rasputín.

Un año, señores, se ha hundido en el arca sin fondo de los tiempos. (Qué bonito!)

Doce meses han desaparecido, como desaparecen las arrugas de la cara, con el cosmético del tiempo. (Estupendo!) (1)

Trescientos sesenta y cinco días olvidados ya, quedan atrás, muy atrás, cubiertos por el manto gris de los recuerdos. (Hermosísimo!)

Un año más, caballeros. Un año que las mujeres restan y los hombres aumentan.

Calmadamente, con la calma con que se levanta un falso testimonio; silenciosamente, como

(1) ¿Absurdo? Pues, estamos de acuerdo. ¿Para qué es el modernismo, entonces, sino para escribir cosas que nadie las comprenda?

se sumergen los peces en el agua, acompañadme, lector amable, a la puerta de la habitación

tres—cuatro—cinco

del Hotel Rasputín. Empujémosla con tino. Penetremos en la estancia y miremos:

Sobre un lecho blanco, como el alma de una adúltera, Adán y Eva (1), duermen con la inocencia de otra adúltera. (No vaya el lector a «adulterar» estas comparaciones!)

Cuánto ha variado Agustín. Su rostro ya no tiene el barniz de la ingenuidad ni sus labios forman el esguince de una sonrisa triste.

Su cara revela el optimismo y su tranquilo sueño, nos demuestra que nada hay mejor como dormir.

Anita, en cambio, está la misma. Únicamente sus cabellos que antes eran negros, hoy tienen el color del oro. (2)

(1) Anita y Agustín.

(2) Verdaderamente, es asombroso esto de que la mujer a pesar de los años, no cambie tanto como el hombre. Se conserva como una «conserva», con sólo la diferencia de que no es indigesta aun cuando esté muy guardada. Y a veces es más exquisita, mientras más lustros lleva de estar enlatada.

Nada más puedo añadir sobre el asunto. Este fenómeno lo demostró ya ampliamente el famoso psicólogo Krausdampfchiffharts (ya comprenderán ustedes que es alemán), en su famosa obra «Tratado Práctico para fabricar papel de cartas en casa».

A M O R

Descansa satisfecha junto a su amante en la confianza absoluta de que la vida es una eterna dicha.

Y salgamos, lector, de la habitación, Han sonado las diez de la mañana y corremos el riesgo de ser sorprendidos en ella.

* * *

Viven todavía Anita y Agustín.

Principian a vivir

Durante el año que ha volado dejando su acostumbrada estela de sinsabores y alegrías, la experiencia, ese gran maestro, ha enseñado a Agustín muchísimas cosas. (A Anita, no. La experiencia es para la mujer lo que el aeroplano para el pobre: un objeto de lujo que jamás se adquiere en propiedad!)

Agustín tiene ya sus propios conceptos sobre el mundo, la mujer y el amor: ingredientes con los que se prepara el «cock-tail» del vivir.

El mundo le abismaba con su enormidad. Y pensando en que era grande, inmensamente grande, se quedaba.....se quedaba.....Como se queda el autor, sin saber qué decir.

La mujer le semejaba un termómetro por lo susceptible a la influencia del «frío» y del «calor».

Una noche, entre 8 y 9, se hizo esta pregunta: En qué se parecen algunas mujeres a la ametralladora «Z-B»?

Tres minutos de meditación y a las 9 y pico

M O D E R N O

- ... plico que nueve—obtuvo estas respuestas:
- 1 En que hieren.
 - 2 En que llevan la muerte dentro.
 - 3 En que tienen ráfagas mortíferas.
 - 4 En que son necesarias para la lucha.
 - 5 En que puede manejarlas cualquiera.
 - 6 En que tienen caricias de fuego.
 - 7 En que terminan casi siempre *calentándose*.
 - 8 En que no se dan cuenta de lo que hacen.
 - 9 En que cuando callan, ya no hay remedio.
 - 10 En que son excelentes para meter alboroto.
 - 11 En que son impasibles en los momentos cumbres.
 - 12 En que son temibles cuando están encinta-das.
 - 13 En que no protestan cuando *manipula* el operador.
 - 14 En que fueron creadas para *acabar* con los hombres.

El amor carecía de importancia para Agustín y por este motivo jamás se detenía a meditar en él.

En el año ido, logró Agustín penetrar hasta el fondo en el corazón de Anita. La conocía íntegramente y juzgó que todas las mujeres debían ser iguales.

Un criterio erróneo, por cierto. Las mujeres son completamente distintas y diferentes unas de otras. Y si no, véase la siguiente clasificación por índice, de lo mejor que hay en la tierra: la mujer!

A M O R

E X I S T E N M U J E R E S	A	Altas	Costureras
		Astutas	Cubistas
		Amorosas	Coquetas
		Angelicales	Cariñosas
		Andariegas	Compasivas
		Aprensibles	Clandestinas
		Antialcohólicas	Concupiscentes
		Abracadabrantas	Condescendientes
			(1)
		B	CH
		Bajas	Chulas
		Baratas	Chicas
		Buenas	Chocantes
		Bromistas	Chanceras
		Bondadosas	Chancletas
		Babilónicas	
		Bastardas	D
		Buceadoras	Dúctiles
	Bien pintadas	Dudosas	
		Drásticas	
		Doble-uso	
		Diabólicas	
		Durables	
		Divertidas	
	C		
	Cromos		
	Colosales		

(1) No se asombre el lector al no encontrar a las «Calladas». Encontrar una mujer con este mérito es tan difícil como querer averiguar si Adán le dijo a Eva:—Tú, primero—, haciéndole un guiño con el ojo derecho, y retirando la manzana.

MODERNO

E

EXISTEN MUJERES

Espátulas
Encinta
Especiales,
Estupendas
Exquisitas
Enamoradas
Encantadoras
Espirituales

F

Feas
Felices
Fáciles
Febriles
Fósiles
Fastuosas
Fecundas
Fastidiosas
Fascinadoras

G

Gordas
Grandes
Granujas
Gamonales
Graciosas
Granuladas

H

Hundidas
Heroínas
Históricas
Histéricas
Habladoras
Humanitarias
Horizontales

I

Inútiles
Infieles
Impávidas
Impúdicas
Impasibles
Indolentes
Imperdibles
Indiscretas
Impermeables
Infernales
Infecundas
Imprévisas
Incomprensibles

J

Jóvenes
Jamonas
Jadeantes
Jaspeadas
Josefinas
Justicieras

A M O R

EXISTEN MUJERES

K
Kastas
Kursis
Kilométricas

L
Locas
Lentas

Livianas
Laminadas
Lubricantes
Luminarias
Lombrices
Lanzaderas

LL
Lloronas
Llanas

M
Malas
Mustias
Monjas
Mártires
Mudables
Mariposas
Manuales
Macanudas
Masóquistas

N
Niñas
Nobles

EXISTEN MUJERES

Noticieras
Narizonas
Neumáticas

O
Obleas
Oscuras

Olmos
Opacas
Ociosas
Ondinas

Olorosas
Oportunas
Opíparas
Ocurridas
Ondulantes
Ortofónicas
Oficinistas

P
Purísimas
Perezosas
Paliativas
Pantanosas
Prismáticas
Paradisíacas
Principescas
Pintadísimas

Q
Queridas
Querendonas

M O D E R N O

EXISTEN MUJERES	R	Rudas	Tentáculos
		Ricas	Taxímetros
		Rocas	Torrenciales
		Rosadas	Toma y daea
		Rotundas	U
		Recelosas	Untuosas
		Razonables	Usadas
		Requetebuenas	Ufff!
		S	V
		Secantes	Vistasas
		Superiores	Vinagres
		Satánicas	Vidriosas
		Satélites	Vulnerables
		Sabrosas	Variables
		Solapadas	Vanidosas
		Succionantes	Vendidas
		Socialistas	Y
		Saltimbanquis	Yoduradas
	T	Yanquis	
	Trineos	Z	
	Tontas	Zinceras	
	Truenos	Zantas	
	Tufosas	Zufridas (1)	

(1) La aplaudadora de la civilización ha hecho papilla aquello de «sinceridad» «santidad» y «sufrimiento». ¡Y no hay mujer que no se precie de civilizadísima!

¡Zaans

s
s
s
s
s
s
s
s
s
s
s
s

s!sss...y el ascensor se para en seco. Automáticamente se abre la portezuela y se arrojan fuera varias personas.

Entre ellas, Agustín.

Se detiene en el hall del Hotel y mira su reloj: las diez de la noche.

Sigue andando.

Pasa junto a un austriaco que descansa embutido en un sillón. El austriaco tose fuertemente en la mismísima cara de Agustín, quien se enfurece y se limpia el rostro al mismo tiempo.

Continúa andando.

De pronto, un pensamiento nace en su cerebro:

LA TOS ES EL HOMBRE!

M O D E R N O

dice y llega a la calle, maldiciendo a toda Austria y a la leche pésima, malísima que le sirven en el Hotel.

Se embarca en su auto y parte con dirección a la Calle Almagro, 107.

Llega.

Se acerca al vestíbulo de la casa. Un criado sale a recibirle.

—La Marquesa Malvaloca, está aquí?

—Sí, señor.

—Pásele esta tarjeta. Y le entrega la siguiente:

AGUSTIN CALLEJA

Experto en Amor

*Titulado en la Universidad de la
Experiencia.*

*Especialidad: Caricias Eléctricas y
Besos Ultra-Quemantes.*

*Atiende a cualquier hora del día
y de la noche.*

Ya en el salón.

Luces por todas partes. Un diluvio de luces. Agustín toma asiento sobre un diván.

Se oye un roce de sedas. Un perfume anuncia que la Marquesa se acerca.

A M O R

Agustín se arregla la corbata, se iguala la raya del peinado, se mira las uñas. Dirige su vista hacia la puerta.

Unas cortinas se estremecen nerviosamente, como se estremecen los labios al contacto de otros labios. Se separan y dejan paso libre a la Marquesa.

Es una deidad. Cabellos rubios. Ojos vi-varachos e inquietos. Boca diminuta. Cuerpo esplendido. Ella asegura que no pasa de los 22 años. Pero, quién va a creer esto a las mujeres?

— Buenas noches Marquesa, habla Agustín, poniéndose de pie y besándole la mano.

— Bien venido sea usted, caballero— respon- de la Marquesa.— Continúe usted sentado.

Gracias, Marquesa.

— Y a qué se debe el placer de verlo?

— Pues, Marquesa, he venido porque deseaba hablar a solas con usted. Anoche, en el baile del Príncipe Rocinante, no tuve ocasión de ha- cerlo. Y el asunto es de urgencia inaplazable.

— Algún negocio, tal vez, caballero?

— No, Marquesa. Algo de mayor importan- cia. De mucho valor para mí.....

— Usted dirá, que lo escucho.

Pausa.

— Existen en el mundo, Marquesa, criaturas destinadas a desviar la ruta de otras vidas. Usted, una de ellas, Marquesa. Ayer por la no- che, por primera vez conocí a usted. Ignoro

M O D E R N O

lo que pudo sucederme, pero es lo cierto que desde entonces, desde la hora en que tuve la suerte de ser favorecido con su amistad, su rostro no se ha borrado de mi memoria, ni por un segundo. Y me he tomado la libertad de venir hoy aquí, porque no me ha sido posible refrenar por más tiempo la pasión que usted ha despertado en mi alma.....

—Caballero, pero es que.....

—No. Permítame que le interrumpa. Deseo que usted me oiga hasta el último.

—Comprendo ya de lo que se trata. Usted sencillamente se ha enamorado de mí!

—Exactamente, Marquesa. Y abrigo la confianza de que usted sabrá corresponderme.

—Caballero, no me admira su declaración. Anoche mismo mismo, comprendí que usted.....

—Ya sé, Marquesa! Las mujeres tienen esa virtud. (Quizá la única, díjose Agustín para sí).

—Sí. El amor tiene el sublime lenguaje de los ojos. Con ellos se declara, se enamora, y se comprende.

—Y dígame, Marquesa, sería posible el que usted corresponda mi amor?

Silencio.

—Tal vez usted ignore que tengo un compromiso con el Conde Lagartijo, caballero. Nuestra boda será después de 15 días. En estas

A M O R

circunstancias, usted comprenderá que pese a mi buena voluntad y a la simpatía que usted me ha inspirado, no es posible aceptar su proposición; la que, no tengo por menos que agradecerla.

—MarquesaNo creo justo que se desprecie a un hombre, porque se tenga un compromiso con otro hombre.....

—Pero es un compromiso formal, caballero. Fíjese usted el aro que llevo puesta

Agustín contempla.

Nueva pausa.

—En efecto, la cuestión es definitiva....pero, pudiera usted permitirme que siquiera la ame, en silencio, con el amor vehemente que usted ha logrado despertar en mí? Marquesa.....su hermosura atrae a todos cuantos alcanzamos a conocerla....Sus encantos conquistan a los que se atreven a mirarla. Y no es posible resistir el hechizo que toda su persona derrama.....

—Sí, pero se dá preferencia al más antiguo.

—Marquesa, por Dios

Y Agustín no alcanzó a decir más. La luz eléctrica sufrió una interrupción y la sala quedó en tinieblas.

—Qué sucede?—inquirió la Marquesa.

Agustín comprendió llegado el momento.

—La ocasión no viene más que una sola vez, repasó en sus adentros y se resolvió.

M O D E R N O

Calculó el sitio en que se encontraba la Marquesa y se dirigió allí.

Extendió las manos y tropezó con dos senos duros, que despedían un calor atormentante.

La Marquesa se puso de pie.

Agustín la estrechó por el talle, buscó su boca y estampó en ella el beso de cuya ciencia era único poseedor.... el beso aquel, heraldo de ignoradas delicias.... el beso infalible....

La Marquesa estuvo a punto de desplomarse. Comprendió Agustín y la abrazó tiernamente, besándola de nuevo golosa y sabiamente....

Todo esto sucedió en brevísimos instantes,

El beso ultra - quemante produjo su efecto.

Estaba conquistada....

¡Ah! El destino tomó parte en esta conquista de Agustín. El destino intervino y nada hay que se oponga a sus designios. Sus órdenes se cumplen, sus deseos se realizan: el destino es dueño de las circunstancias y dueño de los hombres!

El Destino que señala siempre, con su



inflexible, el camino que nos toca recorrer en la vida!

tan - tan.

— Quién es?

Responde una voz de hombre, desde la pieza.

3 4 5

— Perdón, señor. Y el criado penetra en la alcoba.

— Abajo, en el hall, una señorita desea hablar con Ud.

— Bajo en seguida.

Y Agustín se enfunda en un batín.

Sale.

Ya está en el hall.

— Muy buenos días, dice, y ajusta la mano que le tiende la señorita. (Rosita Cáspita).

Ligerísima explicación.

Rosita Cáspita fué seducida por Agustín, hará cosa de un año.

Es una costurerita honrada que creyendo de buena fe las promesas de matrimonio de Agustín, accedió al « pedido » que le hiciera y se entregó a él, no sin antes repetirle:

— ¿ Ya tienes listos los padrinos para mañana ?

— Mañana nos casamos, amor mío !

Y segurísima con esta promesa, Rosita se precipitó en los brazos de Agustín, balbuceando:

M O D E R N O

— ¡ Amor mío... Que felices seremos toda la vida. Siempre juntos, siempre unidos...

— Hasta la tumba, corroboró Agustín.

Después de haber disfrutado de Rosita, Agustín no volvió a verla nunca. Ni se acordó de ella jamás.

Y Rosita no pudo olvidarle. ¿Cómo, si tuvo un hijo de él?

.....
— Qué milagro por aquí Rosita?

— Agustín, Ud. ha sido muy malo conmigo... vengo a suplicarle, a nombre de nuestro hijo...

— De qué hijo?

Del nuestro... de mí Agustinsito. Ayúdeme Ud. No tengo ninguna entrada, no cuento con nada ni con nadie en el mundo... Y Ud. es el responsable de todo esto.

Agustín sintió miedo y tuvo pena de la situación de Rosita. Quiso componer todo el mal que la había hecho; se animó de muy buenas intenciones...

P E R O ,

no tuvo tiempo de nada; el egoísmo, ese sentimiento dormido que tenemos todos los hombres en el fondo de nuestro ser, despertó de súbito impidiéndole reparar su acción inicua.

A M O R

... Ella seguía suplicando, reprochando....

— Ud. me enseñó a amar y me abandonó. Primera vez en mi vida fue «aquello». Mi primer amor y mi primera desilusión.... No se conmueve Ud. ante mi desgracia?

— Que yo la enseñé a amar? Esto no es verdad. Todas arguyen lo mismo, siendo como son maestras en el amor.

— Pero mi honra....

— Su honra?.... Está Ud. segura que....

— Se lo juro por mi madre. Y mi hijo, que es su hijo también?

— Que es mi hijo! Tiene evidencia sobre esto?

— Ahora querrá Ud. decir que no es suyo? Querrá mentir, para desligarse de responsabilidades? ¡Canalla, mil veces canalla!

Agustín no hizo caso y más bien dedicóse a recordar que la noche anterior, tuvo un idilio precioso con la Marquesa Malvaloca.

*¡Así somos los hombres! Arrazamos con una honra, despedazamos una existencia, traemos al mundo un hijo y nos despreocupamos. Abri-
gamos la s guridad de que no es nuestro. Tene-
mos la dureza de la roca. Somos hipócritas,
impávidos, imbéciles. (Toma!)*

*Hacemos desgraciada a una mujer y senti-
mos la satisfacción de ello. La olvidamos, olvi-
dando al hijo de nuestra sangre e inculpamos,*

M O D E R N O

*para salvarnos, de que el fruto de ese amor...
es de otro....*

Vemos lágrimas que corren por pálidas mejillas... voces que imploran nuestra ayuda... rodillas femeninas que se doblan a nuestras plantas y la impasibilidad más grande no nos conmueve en lo más mínimo.

Callados, silenciosos, ni abatidos ni tristes, nos quedamos ante la tragedia.

Indiferentes ante la amargura de una madre, de la madre de nuestro propio hijo.

Somos egoístas.

Orgullosos del triunfo... vanidosos de ser hombres.

¡ Ah! los hombres, también somos malditos e inhumanos....

— Es justo Agustín lo que le pido. ¿Dejaré morir a mi hijito por su culpa?

Rosita llora tierna y desesperadamente y añade entre suspiros:

— Y lo peor, es que se parece a Ud.

Las lágrimas de la mujer precipitan al hombre, pero no le convencen.

San Agustín.

A M O R

En el ánimo de Agustín, el llanto de Rosita, no tuvo valor ninguno. No logró convencerle ni precipitarle.

Expuso al fin:

— Le prometo que yo me haré cargo de él. La espero mañana, véngase sin una falta.

Hizo un giro por la izquierda y abandonó a Rosita, después de brindarle una sonrisa.

Mientras andaba, estas ideas:

Será mi.....	}	HIJO ?
Podrá ser mi..		
Deberá ser mi		

se le incrustaron entre



Y para alejar esta pesadilla, Agustín se puso a silvar el tango « Hijo mío ».

Y Rosita llorando aún, salió del Hotel pidiendo a gritos que la muerte dé fin a su martirio.

POSIBLES COMENTARIOS

UNA LECTORA:

El autor en este punto ha copiado un capítulo de la vida diaria. Agradézcole, de mi parte, el que haya « picado » también un poco a esos bípedos que se denominan hombres y cuyos desatinos, nosotras, las mujeres, tanto lamentamos y sufrimos.

Los hombres son incomprensibles. Antes de conseguirnos nos prometen paraísos, eternas dichas, poner sus vidas a nuestros pies; juran ser nuestros esclavos. Nos consiguen, nos gozan y con el último beso desaparecen los paraísos, las dichas se esfuman y jamás vuelven a acordarse de nosotras.

Esta historia se repite a través de todos los siglos y de todas las épocas. Es la historia perdurable.

Hasta la página 62, el autor se preocupa muchísimo de la mujer, lo que ya estaba acabando con mi paciencia; pero, está compensado con lo que acaba de explicar sobre el hombre. ¡ Gracias, mil gracias, por su acierto!

UN LECTOR:

¡ Vamos! Qué coraje tiene Ud., amigo, en tocar un asunto tan delicado como el caso de

A M O R

ese tal Agustín que, entre otras cosas, no es más que un zopenco con pretensiones de Tenorio. ¡Hablarnos a los hombros! ¡Tratarse Ud. mismo de «imprávido» y «canalla».... ¡Rechufas! Se necesita desenfado. Maldita la gracia que me hace ese parrafitó insulso y mal trazado! Pero ¿puede Ud. suponer lo que va a acarrear esa mentira artificiosa? Pues, cualquiera mujer que en un día de perfecto aburrimiento lea este librejo, va a tener, de seguro, un rato de alegría cuando vea esos epítetos con los que Ud. califica al hombre. ¡Qué inconsecuencia! Hablarse a sí mismo... Tengo, desde ahora, una triste, tristísima idea de Ud. Me estaba agradando su tal novelita, pero en llegando a la historia de Rosita Cáspita, el buen criterio que me había formado de Ud. ha desaparecido rápidamente, quedando, en su lugar, un resentimiento y un sí es no es de odiosidad. Esto lo echa a pique todo. ¡Créamelo!

EL AUTOR:

(Modestamente)

No sé que contestaros, lectora y lector. Me habéis puesto en un apuro, porque no contaba con estos comentarios intempestivos.

¿Qué os diré a vuestros razonamientos? Nada. He resuelto, pues, para evitar desave-

niencias entre la especie humana, no dar contestación a vuestras palabras.

Quiero, tan solo, que cada uno de vosotros piense si hay algo de verdad sobre el granito de pólvora que salta de la breve historia de Rosita Cáspita.

¡Y esto es todo!

CONCLUYEN LOS COMENTARIOS

18

El Palacete del Marqués del Cántaro se halla iluminado profusamente.

Luces polícromas diluyen la oscuridad convirtiendo el Palacete en una enorme llamarada con colores del arco iris.

Los salones se hallan llenos de gente: de gente que baila, conversa, ríe. De gente que, en una palabra, se divierte.

En los jardines, parejas de invitados recorren las avenidas, en busca de aire puro....

Una pareja se explica a voces tras un ciprés. Escuchemos.

EL. — Por qué me has engañado miserablemente? Eres indigna. Otro no tendría más remedio que matarte....

ELLA. — Engañarte.... pero, estás seguro que te he engañado?

A M O R

EL. — No se llama engañar, el no hablar la verdad la víspera de la boda y decirle a uno francamente: Mira: No respondo por mi integridad. He tenido un desliz. Si quieres así, cáasate?

ELLA. — Pero hijito ... Te has obstinado en creer absurdamente que al entregarme a Ti en matrimonio no he aportado mi integridad. Puedes indicarme algo que me faltaba la noche de la boda?

EL. — Te faltaba.... espera lo recordaré.... te faltaba.... Ah! Ya. Vamos, que tonto me he vuelto hoy.... no lo recuerdo....

ELLA. — Ya lo ves, ídolo mío .. que el amor sin límites que me profesas te hace imaginarte cosas imposibles? Te lo diré yo. Sabes qué me faltaba? Pues, el repetirte que te adoro, que te amo con toda mi alma.... ¡Bésame.... Perico mío.... bésame o no tendré más remedio que besarte yo....

EL. — Espera un poco.... Arreglemos primero el asunto. Decíamos que cuando te casaste conmigo, me convencí de que antes habías « conocido » a otro hombre. Hablábamos de esto, Violeta?

ELLA. — Pero donde tienes hoy la cabeza.... Perico adorado? Qué cosas dices.... Dios mío.... Insultarme a mí.... en mi propia cara.... Ante esto no tengo más que llorar.

Se oyen gemidos que pueden hacer trizas el corazón más duro.

EL. — Perdóname Violeta encantadora.... Tú ya sabes la falta de memoria que tengo... Está maldita enfermedad. Si hay momentos en que no recuerdo cómo me llamo. Inconscientemente... pollita mía... te he injuriado... perdóname... Ya recuerdo de que habíamos hablado... Ella el depósito que hoy mande al Banco había faltado un fajo... Esto era lo que faltaba...

ELLA. — No faltaba más que por esto.... tú me hagas sufrir de semejante manera....

Cesa el llanto y se percibe el roce de dos bocas que se juntan en un beso....

En la terraza otra pareja. En sendos sillones de delicado mimbre, sentados yacen la Marquesa del Cántaro y Agustín Calleja.

Una atmósfera de romanticismo los rodea.

El paisaje parece que acompaña ese momento.

Arriba, en lo alto, deslumbrante y fascinadora, la luna ligeramente envuelta en una nube transparente, mira la tierra con vivos deseos de descender a ella.

El cielo de un color de aluminio (Made in Germany), está tachonado por estrellas que titilan, se apagan y se encienden rítmicamente.

La terraza está sobre el jardín.

En el jardín los árboles se estremecen sacudidos por la brisa, y el olor de los nardos, las

A M O R

rosas, los claveles, penetran en los sentidos suave y voluptuosamente.

Un surtidor murmura suaves quejas....

Allá, en la lejanía, tras los montes, en los picos de las cordilleras, todo está a medias tintas.

(Y termino la descripción del paisaje, porque acabaría por armar un lío.)

La Marquesa del Cántaro tiene la mano izquiérda cruzada con la derecha.

Agustín Calleja tiene la mano derecha cruzada con la izquierda.

Un silencio de acero pesa sobre los dos.

Con el soplete de la palabra, Agustín perfora el silencio, y dice:

— Por qué se ha puesto Ud. triste, Marquesa ?

La Marquesa, mirándole con ambos ojos y cambiando de postura, contesta :

— No es para menos lo que Ud. acaba de decirme !

— Pero, qué obstáculo pone Ud. para no realizar nuestros anhelos ?

— El obstáculo.... Ud. lo conoce perfectamente : es mi marido !

— Supone Ud. Marquesa, que esto es un obstáculo ?

— Ya lo creo que sí. Es bueno conmigo. Me ama muchísimo y creo que no estaría bien, el que yo le engañase.

— Esas son aprehensiones tuyas, Marquesa.

M O D E R N O

Sigue apasionadamente con el tonito convincente pero nada sincero de los Agentes de Seguros.

— El amor no reconoce obstáculos: salta imposibles, escala murallas, se hunde en los abismos, pasa sobre el fuego y se somete a todo. Entonces, Marquesa, Ud. jamás me ha querido! Su palabra de amarme en la forma que Ud. dijo, ha sido ficticia, una mentira con la que ha tratado de contentarme.... Y los besos que he recibido de sus labios, han sido besos falsificados, besos sin amor, besos fríos. ...! Yo los creí apasionados...!

— Agustín, yo lo amo a Ud., pero es que es demasiado lo que Ud. me exige. ¡Engañar a mi marido!

La Marquesa se cubre el rostro con las dos manos y continúa:

— ¡Eso nunca.... jamás!

— Elvira.... Por qué es Ud. así? Por qué, ansía Ud. privarme de lo que pacientemente vengo esperando ya hace algún tiempo? En qué van a quedar mis afanes? Elvira.... Ud. me ama? Dígame la verdad....

— Sí.... Agustín. Lo amo intensamente, con todo mi corazón....

— Entonces, Elvira, por qué no quiere Ud. coadyuvar a mi dicha? Hemos de ser felices, Elvira... sumamente felices.... Conquistaremos juntos la felicidad y no permitiremos que se aleje de nuestro lado.

A M O R

—No me resuelvo todavía, Agustín. Déjeme pensar. Mañana le comunicaré mi resolución en una carta que le enviaré a las once. Paciencia hasta mañana, Agustín, por favor....

—Bueno, aguardaré hasta mañana como último plazo. Confío en su palabra.

Y Agustín piensa: —Esta mujer debe ser deliciosa y lo que más me gusta es que no es infiel a su marido.

Y una caravana de deseos sale al encuentro de la sensualidad de Agustín que tiembla ligeramente al contemplar el talle flexible y bien modelado de la Marquesa.

Se levantan.

Agustín toma por el brazo a Elvira y se dirigen al salón.

Allí se confunden con las demás parejas y no volvemos a verlos.

La fiesta continúa. La alegría crece. Se desborda, y afuera, en el jardín, el surtidor sigue con su queja melancólica y monótona....

* * *

Al día siguiente.

Agustín espera, en el salón de fumar del Hotel, la ansiada respuesta de la Marquesa del Cántaro.

Para pasar el rato, revisa ligeramente los periódicos. Todos lo mismo: insulsos, sin nada novedoso, insípidos. En fin, periódicos!

M O D E R N O

Suenan las once de la mañana en un reloj que no aparece por ninguna parte.

La carta no llega y Agustín empieza a suponer que ha sido un subterfugio (Qué querrá decir subterfugio?) de Elvira.

Ejercita la paciencia por media hora más. Dan las doce en el mismo reloj.

Cada campanada es una cólera que se enciende en el espíritu de Agustín que rabia contra su confianza en la palabra de la mujer.

Tanto esperar, a las 2 de la tarde, un mozo le entrega una carta.

— ¡Ya! — exclama un poco nervioso. Rasga el sobre y encuentra esta carta:

(Aquí un sello con las armas del Marqués del Cántaro).

(Aquí la fecha).

«Agustín:

Las mujeres hablamos la franqueza únicamente en dos ocasiones: cuando no podemos mentir y cuando ya hemos mentido demasiado.

Voy a abrirle a Ud. mi corazón: este corazón que Ud. creía puro, inocente y sincero. Es éste el mayor error de los hombres: suponer que el corazón de la mujer puede llegar al extremo ingenuo de ser sincero. Error lamentable que al ser descubierto a tiempo, perderíamos las mujeres la reputación que hemos logrado acumular después de incesante trabajo

A M O R

y sacrificio: el trabajo y el sacrificio del fingimiento.

No se asombre, Agustín, al leer estas verdades. Son verdades con más ruibarbo que miel; con más espinas que rosas.

Y por qué le hablo la verdad a estas horas? Pues, verá: porque ya no volveremos a vernos ni a hablarnos jamás....

Debo aclararle: Yo he tenido un amor oculto, muy oculto al fondo de mi alma. Otros amores han pasado por ella, pero ninguno ha logrado acabar con él. Y ese amor no ha sido hacia mi marido. No. Ni hacia Ud. No. Ni para el Conde de Santiago. No. Ni para el Príncipe Naranjo. No. Ni para nadie. Ha sido es y será exclusivamente para el Marqués del Tomate. Es mi elegido, el único motivo de mi vida. Por él abandono hoy a mi marido y dejo esta ciudad.

Esta es mi respuesta a sus requerimientos de amor.

Adiós, pues, Agustín y siga Ud. este consejo: En los días de su vida, nunca crea Ud. en la palabra de la mujer.

Cuando manifestamos amor, es que estamos odiando. Cuando odiamos es que estamos amando. Contestamos que NO y ansiamos ser de Uds. Repetimos que SI y dudamos si entregarnos o no.

Su amiga, q. e. s. m.

(f.) Marquesa del Cántaro.»

M O D E R N O

Agustín leyó dos veces esta carta.

La primera, precipitadamente. La segunda, despacio.

Volvió a leer por tercera vez y se inflamó en justa indignación.

Estaba a punto de estallar.

Si Agustín hubiera sido alemán, ante este caso, se habría bebido cerveza, y en paz.

Si inglés, habríase quitado el monóculo, consultado la Guía de Turistas y se habría largado al Polo Norte.

Si ruso, hubiérase puesto a la fabricación de bombas explosivas.

Agustín no era ruso ni alemán ni inglés. Era de la raza hispánica; por sus venas circulaba sangre, sangre ardiente del trópico.

Y Agustín sintió iras santas, desprecio por la mujer que en forma tan grosera se burlaba del hombre.

Maldijo a todas y se maldijo a sí mismo.

En el conocimiento que Agustín poseía de la mujer, hasta hoy no se había topado con un tipo tan especial como Elvira, que daba mucho qué pensar.

Qué clase de mujer era esa? No se explicaba. Su entendimiento no alcanzaba a responderle.

Durante los tres meses de amores que sostuvo con Elvira, ella le dió grandes pruebas de amor. Ciertó que no alcanzó a poseerla, pero

A M O R

otras pruebas atestiguaban que le quería. Muchas ocasiones la besó: los labios de ella quemaban y tenía para él esas palabras que balbucean las mujeres cuando aman efectivamente. — Sin ti, Agustín, — le había dicho — me suicidaría....

Una procesión de recuerdos se introdujo en la cabeza de Agustín.

Y sintió tristeza ante el fracaso.

id id pena id id id

— Haberla perdido — se decía — cuando pudo ser mía! Qué tonto fuí. Por qué no presioné un poco más?

Y se tiró de los cabellos y masticó el cigarro que estaba fumando y arrojó los periódicos contra el suelo y llamó un criado y le dió un puntapié y se deshizo el nudo de la corbata y se hizo servir un cock-tail y se lo bebió de un trago y se fué a su pieza....

Y se acabó este capítulo.

Y va a principiar otro.

19

— Señora, mi más...

— Jí, jí, jí, jí, jí....

— Sentido....

— Ay, ay, ay, ay, ay....

— Pésame!

Y Calleja respira, sintiéndose aliviado, después de haber dado su pésame, tantas veces in-

terrumpido por los sollozos y los ayes de la viuda — señora de Domecq — que inconsolable derrama abundantes y perladas lágrimas a la memoria de su difunto esposo, don Pedro Domecq, que Dios lo tenga en su santo seno.

— Ji, ji ... Pues, sí, señor, me parece únicamente un sueño. Ji, ji.... ¿Qué me importan las comodidades con las que quedo, cuando él era mi halago y el primordial motivo de mi vida? ¡Ay, ay, ay.... jamás.... nunca.... ay, ay.... podré consolarme de esta pérdida que la considero irreparable.

Mientras pronuncia estas últimas palabras Agustín se ve envuelto por la mirada franca, ágil y deslumbrante de la viuda que está aún más hermosa con su vestido negro que hace resaltar la blancura de su rostro y el primor de sus dos manecitas que, inquietas, van de la cabeza a los ojos, en viajes de continuo sobresalto.

Agustín considera sinceramente el dolor inmenso de la viuda y piadosamente, impulsado por un sentimiento de caridad y compasión, aprieta con toda suavidad la mano izquierda de la señora Domecq, como diciéndole: «Señora: siento con toda el alma que tan joven y bonita haya Ud. quedado viuda». Y nada más.

Pero la viuda, que no dejaba de ser mujer para ser viuda, interpretó a su modo aquel apretón. Y tuvo una pequeña sacudida.

A M O R

Esas sacudidas imperceptibles, ligeras, pasan desapercibidas para la mayoría de los hombres y son el prólogo de otras «sacudidas» que llegan después de la primera.

-- Espero, señora — habla Agustín con voz azucarada — que Ud. se dignará disculparme el que no haya podido asistir a los funerales de su esposo. Tenía tanto que hacer — aumenta, mintiendo con todo aplomo — que me fué imposible concurrir. Por esto he venido hoy a presentarle los sentimientos de mi dolor. Pedro fué gran amigo mío. Fuimos compañeros de infancia y quizá he sentido tanto como Ud. su prematura muerte....

— Gracias, ¡ay! por sus palabras.

— El dolor es inmenso.

— Sin límites. Es el dolor más grande que puede uno tener.

Y los dos callan, como callan todos en esos instantes. Se descan exteriorizar los sentimientos y no se encuentran palabras apropiadas.

De vez en cuando crúzanse sus miradas.

Todo está silencioso en torno de ellos.

La viuda era una mujer joven. Tal vez con 24 años. Alta, de dúctil talle, vivaracha, intranquila, nerviosa. Un temperamento imposible para una viuda joven.

— Lo extraño a cada instante — exclama ella. En todas partes me parece verlo. Las

noches, sola en mi alcoba, lo recuerdo intensamente sin lograr consolarme.

— Pobrecita. Cómo quisiera....

— Qué?....

— Que su esposo viva todavía. ..

— Ah....! Yo también desearía lo mismo.

Y un profundo suspiro, quizá preñado de recuerdos voluptuosos, se escapa de los labios de la atribulada viuda.

— Todo se olvida. en el mundo — expone Agustín, insinuante. Dos, tres o cuatro meses más, bastarán para que su dolor se atenúe. Son heridas que se cierran algún día!

— Quién sabe — responde ella, suspirando de nuevo.

— Ya lo creo que sí — responde él, mientras aprieta suavemente la mano de la viuda.

Ella alza los ojos y los clava en los de Agustín que chispeantes, devoran las pupilas azules de Blanca.

Chocan las corrientes opuestas y de ese choque salta una chispa que prende fuego en los corazones de los dos.

El amor clamorea en ambos pechos. El amor hace vibrar lo más íntimo de esas dos almas que en una mirada supieron comprenderse.

El amor, dulce mentira.... Siempre la mentira del amor....

A M O R

Y ahora, si el autor tuviera dotes de verdadero cándido (que Dios no lo permita), creara una escena de tierno y almibarado romanticismo. Pero el autor carece de esas dotes y, además, como Uds. habrán notado, no es muy adicto a lo romántico.

Por ésto, se contenta con terminar este capítulo con lo siguiente.

El dolor de la viuda se evaporó al sabor del primer beso que Agustín depositó en su boca. Depositó con la premura con que se deja caer una carta en el buzón del correo, pero, con la correspondiente estampilla de caricias....

Las penas se esfumaron. Volaron los recuerdos del esposo muerto y sólo volvió a renacer en ella el placer de ser amada, de ser acariciada nuevamente, como en épocas lejanas que ella creía desaparecidas para siempre.

Sus ojos ya no vertieron lágrimas hipócritas, lágrimas derramadas únicamente por la fuerza de su voluntad. Lloraba por educación. Lloraba porque tenía que llorar para la sociedad y los amigos. Lloraba para que le compadecieran la desgracia. La desgracia que ella gritaba que sería eterna.

La farsa de las lágrimas. Lo engañoso de los ayes. Los desmayos cada cinco minutos ante el cadáver de su esposo: una mentira alevosa y canalla....

M O D E R N O

Todo fingido : dolor, desesperaciones, lágrimas....

Punto final.

Blanca. — Bien mío... Quisieras venir esta noche a verme? Estoy tan sola, tan abatida, que necesito el consuelo de una buena compañía como la tuya.

Agustín. — Como tú quieras alma mía. Esta noche vendré.

Blanca. — A las once te aguardo. Sí?

Agustín. — En punto.

Y otro beso acaba con las penas de la « pobre viuda » de la « mujer pura » de la « casta mujer » que se pasaba hilvanando un rosario de lagrimas....

Ja, ja, ja. ¡Nos riamos de esta farsa!

Viuda moderna, no podía continuar con su vida de tristezas. Para qué tanta lágrima y suspiro tanto? Todo en vano. El muerto, muerto estaba. Había que preocuparse de los vivos.... De los vivos, de aquéllos a quienes aún les palpitaba el corazón. De aquéllos que tenían en sus labios el calor de la vida!

Sí, de los vivos. De los muertos nada!

Todo lo que escrito queda, pasó como un relámpago por la mente de Blanca.

Ya alegre, resumió.

— Por los vivos, todo. Sin embargo, el domingo que viene llevaré una corona de flores al sepulcro de « mi inolvidable » Pedro!

A M O R

Lanzó un suspiro.... pero de amor.
Y desapareció en el nido coqueto de su alcoba.

20

Una mañana gris.
Superávit de frío.
El aire está cortante; tan cortante como una «gillete» virgen.
Arboles a izquierda y derecha de la Avenida.
Gente que recorre la calle con precipitación.
Claxons cuyos sonidos golpean los tímpanos persistentemente.
Autos que vuelan en todas direcciones.
Unos así:



Y otros así

Todo es movimiento. Todo es vida.
A pasos largos, una pareja avanza.
Agustín y Anita cogidos por el brazo, van charlando de cosas indiferentes. Es que han llegado ya, después de recorrer la escala del amor, a la indiferencia que es el ex-libris con que uno se encuentra al final de un cariño.

M O D E R N O

Qué condición la del amor. Todos los que no lo han saboreado hasta las heces, no conocen lo que en definitiva es el amor. Lo creen eterno. Lo suponen inacabable, infinito. ¡Pobres ciegos!

CIEGOS! CIEGOS! CIEGOS! CIEGOS!

El amor es una de las mentiras en la que todos, un día, hemos creído. Pero ha llegado también la hora — qué gran verdad! — en que la experiencia arrancando el velo que nos cubría los ojos, nos ha demostrado lo infundado, lo absurdo, lo finito de ese amor que en instantes de locura — sí, locura — pudimos creerlo sin límites, bello como el cielo y como el cielo, azul!

El amor en la vida, es una eterna contingencia.

Unas veces salva y otras condena. Ya sublimiza, ya embrutece. Eleva. Hunde.

Y guardar el equilibrio. Permanecer en medio de esos polos opuestos, es tan difícil como levantarse temprano o querer abandonar la buena costumbre de mentir.

Y detengo el brioso triciclo de mi pensamiento. Ocupémonos, más bien, de nuestra dichosa pareja.

— Quieres descansar un momento en ese banco, Agustín? — pide ella, señalando un próximo banco del paseo.

— Bueno, dice él, sin más comentarios.

A M O R

Y toman asiento.

El, callado, mira una hoja que al desprenderse de un árbol cae al suelo. Y se dice para sí: — Qué lógico!

Ella, silenciosa, mira un tranvía que repleto de gente, va sorbiéndose las paralelas sobre las que corre. Y el trolley. Y las ruedas. Y no atina a pensar nada. Está con el cerebro obtuso.

Aquí tenemos, pues, sobre dos cuerpos animados por la vida, dos cabezas vacías. Aburridas. Con el cansancio que tuvieron Adán y Eva, breves momentos después de servirse la manzana!

Dos cerebros:

1 y 1

que de ser utilizados con aprovechamiento, servirían, el uno, para cualquier cosa y el otro para lo mismo.

Ella. — Agustín....

El. — Anita....

Ella. — Tú sabes que soy una mujer....

El. — He tenido el convencimiento....

Ella. — Déjame concluir. Soy una mujer que te ha querido.

El. — Y yo un hombre que en igual forma te ha correspondido.

Ella. — Eso es falso. (Un suspiro). Muy falso.

El. — Cierto. Muy cierto.

M O D E R N O

Ella. — Tuve la intención de callar y de guardar mi pena en el fondo de mi pecho. Pero me ahogo y siento que si no me explico ahora, moriría ahogada en mi propia tristeza.

El. — Bueno. (Alentándose). Qué te pasa?

Ella. — Soy desgraciada. Agustín... (Sollozos).

El. — Porque te amo? Entonces....

Ella. — Sí, porque me amas muy poco. Yo soñé con un amor tan grande como el cielo. En un amor que no habría de faltarme nunca. Pero me equivoqué. Sin embargo, no me he arrepentido de haber dejado a mi esposo por irme contigo. Creí encontrar en ti, al hombre que habría de satisfacer mis caprichos y mis gustos. Al principio tu amor me halagaba. Pocos meses viví tranquila. Después, noté tu frialdad. Poco a poco te ibas alejando de mí. Y hoy, tengo el íntimo convencimiento de que ya no me quieres....

El. — Te explicas de un modo que no comprendo.

Ella. — Es que en mí, ya no comprendes nada. ¡Ni siquiera entiendes lo que te digo!

El. — ¡Vamos! Anita, qué tienes? Acaso, estás enferma?

Ella. — Sí, tengo una enfermedad. La enfermedad del amor. (Alzando la voz y la cartera que se le ha caído). En mí, desde que te perteneces en cuerpo y alma, más cuerpo que alma,

A M O R

hasta hoy no ha rebajado el grado de amor por ti. Fuiste elegido por mi corazón. Y siempre mi corazón fue para ti. Soy franca: al principio, creí burlarme de ti, gozarte, hastiarme de tus caricias y tus besos. Conocer un hombre más, porque a mi marido ya lo tenía conocido suficientemente. Esa fué mi intención. Fracásé. Porque no sólo te amé con mi cuerpo, sino con mi corazón. Jamás te he sido infiel... mientras que tú...

El. — Anita. — Todo lo que dices está bien. Muy bien. Pero de ser te infiel... (Dudando) creo que nó!

Ella. — Seguro, Agustín mío? (Echando el anzuelo de las palabras dulces). No tiene algo que reprocharte tu conciencia?

El. — Mi conciencia nada tiene que decirme, (riendo al recordar cierto diálogo que con ella sostuvo, antes de conocer el mundo). Nada. Absolutamente nada!

Ella. — Agustín, yo conozco tus aventuras amorosas. Sé de tus amantes. Y si he callado, ha sido únicamente porque te amo de veras, y no quisiera abandonarte nunca.

El. — Anita. Sabes que con tus palabras, me estás conmoviendo el corazón?

Ella. — Ojalà sea cierto, amor mío. Entonces, me consideraría la mujer más dichosa de la vida. Realizaría lo que siempre he soñado desde que te conocí, (en voz baja) un hogar....

M Ó D E R N O

El. — Qué dices?, (saltando cinco centímetros sobre el banco). He oído mal?

Ella. — No. Yo no te pido nada. Ambiciono tu amor y nada más. Ya sé que yo en todos los días de la vida no gozaré del calor del hogar. Por eso, nada digo y solo imploro tu cariño.

El. — Bien. Puedes contar desde ahora con el 50 0/0 de aumento a mi cariño anterior. Ya ves, cómo soy tan razonable?

Ella. — Y un favor me harías? (indecisa).

El. — Casi estoy por decirte que sí. Pero, veámoslo.

Ella. — Quisieras dedicarme esta noche, Agustín?

El. — ¡Ah! (pensando). Pues, ten la seguridad que esta noche no me apartaré de tu lado. ¿Que más quieres?

Ella. — Nada más. (alegrísima) ¡Me basta! Gracias, Agustín, siempre creí que tú eras un caballero!

Y mientras termina esta palabra, en la recámara de su pensamiento salta una idea: ¡MI MARIDO! ¡EL DIVORCIO!

Y recuerda la frase que pronunció Caruso (1) hace justamente muchos años:

(1) Insigne escritor polaco. Autor de la aplaudida composición en verso, titulada «Gimnasia de la Vida», que empieza con aquellas profundas frases:

A M O R

« Para la indigestión del matrimonio,
nada mejor como el bicarbonato del
divorcio! »

El. — Poco me has pedido! (interiormente:
Anita me pide una noche y cuando una mujer
solicita de un hombre toda una noche

TODA UNA NOCHE!!

es que uno está en peligro de muerte o es que
está salvado! Alerta, Agustín!)

Y esa noche, la pieza

3 4 5

del Hotel Rasputín, no se abrió ni un solo
instante.

En esa habitación que permanecía hermé-
ticamente cerrada, tan cerrada como la imagi-
nación de un alemán, dos corazones se estaban
jugando a los dados del amor.

Quién ganaría? El o Ella?

Un hombre y una mujer.

La mujer ama.

El hombre, no. (?)

Los dos a puerta cerrada, con toda una
noche para gastarla en bagatelas del amor.

¡Ah! La vida, la vida, la vida!

¡Oh! La vida, la vida, la vida!

¡Atiza! La vida!

M O D E R N O

La mujer tiene el don de volver al hombre inconsciente, cuando con sus halagos, las morbideces de su cuerpo, el fuego de sus ojos y el ritmo de sus palabras consigue aletargarlo, atontarlo, doblegarlo.

Y no hay serenidad que permanezca incólume ante las morbideces de un cuerpo, el fuego de unos ojos y el dulce ritmo de unas palabras. Los caracteres más erguidos han caído a las plantas de la dueña del cuerpo, de los ojos y de las palabras.

No podemos sacudirnos! No podemos remediar!

Siempre hemos de perder la razón ante la desnudez de la mujer que amamos! (*Un romántico: Y no solo ante la desnudez. Bah!*)

Agustín, pobre Agustín!

(El autor encarece a los lectores, dedicarle una lágrima. Una lágrima de compasión: una noche íntegra con una mujer de ese temple!)

¿Qué no consigue la mujer?

Todo. Todo. Todo. Todo. Todo. Todo. Todo.

NOTAS AL MARGEN.

Lector: quiero reclamar de tu benevolencia, un poco de serenidad.

Lo que tus ojos van a recorrer, después de estas palabras, quizá sea un motivo de indignación y de protesta. Por eso pido sereni-

A M O R

dad. La serenidad, sentimiento aislante, se opone a los cortos circuitos de la cólera.

Va a terminarse este librejo y de un modo original.

Los protagonistas de los cuentos y de las novelas, siempre acaban muriéndose. La muerte es el fin de todo.

Y cuando una novela o un cuento no termina en dicha forma, el lector, casi siempre desilusionado, con fuerza cierra el libro y lo difama.

Consecuente con mi principio de salirme del margen de todo lo ordinario, Agustín Calleja hará mutis de un modo extraño.

Y la serenidad que solicito servirá para dos cosas: para disculpar el error de Calleja y para nada más!

21

Si la ciudad Del Cabo tuviera un periódico, la edición correspondiente al día domingo, 15 de agosto de 1932, traería, seguramente, esta noticia

ENLACE

En la Capilla de los Mártires Jóvenes, el día de ayer contrajeron matrimonio, sin consecuencias graves, la gentil señorita Ana Cienfuegos con

M O D E R N O

el distinguido caballero Sr. Agustín Calleja, miembros del «Club Hastío» y de nuestra élite social. Hacemos votos por su eterna ventura y porque su luna de miel dure más de lo ordinario.

Retrato de

EL

Retrato de

ELLA

PUNTO APARTE

Un lector. — Amigo, puede Ud. ser tan imbécil al venir con este fin tan insulso y fastidioso?

El autor. — Precisamente por eso, estimado amigo; he solicitado la serenidad. Es un fin. Cierto que materialmente Calleja no ha muerto. Pero, qué es el matrimonio si no una muerte prematura?

Lector. — Silencio! Soy casado y vivo feliz! Ud. no debe tocar mi hogar!

Autor. — Presente Ud. mis respetos a su estimada señora y sírvase leer, si no

A M O R

tiene Ud. dificultades, los siguientes pensamientos de los más grandes escritores del mundo, referentes al matrimonio, sus causas y sus consecuencias que, como Ud. debe saberlo, casi siempre son funestas.

El matrimonio es el más agradable de los suicidios.

Shopenhauer.

En el hogar, el marido que no manda, obedece.

Sixto V.

La mujer es para el marido lo que el dique para el mar: un obstáculo!

J. Dempsey.

¿ Hablan de matrimonio ?
¡ Sálvese quien pueda !

Santa Teresa.

M O D E R N O

El matrimonio es el arte de adquirir
contratiempos.

Kastonov.

El que se casa joven: un imbécil. El
que se casa viejo: más imbécil.

Buffalo Bill.

El matrimonio es uno de tantos modos
de que el hombre se sirve, para hacer de-
roche de « fósforos » y dinero.

I. Kreuger.

El matrimonio: papel secante de las se-
creciones internas.

Marañón.

DOS PENSAMIENTOS MAS

1

El amor es un sueño: de él nos despierta
el matrimonio.

A M O R

2

Se casa por amor, por conveniencias, por dinero. Pero jamás se casa porque debe casarse.

* * *

Y ahora, señoras y señores, permitidme que os manifieste que el libro ha tocado a su fin.

Quizá os haya disgustado una, dos o tres verdades que él contiene. Las verdades son amargas. Por eso nos desagradan y nos hieren. Pero hay que decirlas porque es necesario que todos las conozcan.

Y viene, enseguida, aquella tranquilizadora palabra de

FIN

¡Lástima que llegue demasiado tarde! Como los enamorados a los incendios y los bomberos a las citas! Y como los telegramas urgentes!

M O D E R N O

¡ UN MOMENTITO, LECTOR !

Desde Arquímedes (1) hasta nuestros días, todos los literatos — incluso los escritores — han tenido la audacia de estampar sus dedicatorias al principio de sus obras. Lo que me parece muy original. Pero, desde nuestros días para adelante, sería recomendable que los escritores — incluso los literatos — escriban las dedicatorias al término de sus obras. Lo que me parece originalísimo.

Por eso, aquí tienen ustedes mi

DEDICATORIA

*A mi papá, que, aunque
tuvo el buen gusto de traerme
al mundo, nada sabe
del moderno amor.*

A. G. M.

-
- (1) Inventor del "Chiclet". (2)
(2) Goma de mascar.

